

Ana en el trópico

De Nilo Cruz

Traducción al Español Alberto Sarraín

Premio Pulitzer 2003
de Teatro

*Premio Steinberg para la mejor obra estrenada,
otorgado por La asociación americana de críticos de teatro*

Personajes:

Santiago

Propietario de una fábrica de tabacos, cercano a los sesenta años.

Cheché

Su medio hermano, mitad cubano, mitad americano, comenzando los cuarentas.

OFELIA

Esposa de Santiago, en sus cincuentas

MARIELA

Hija de Santiago y Ofelia, veintidós años

Conchita

Su hermana, treinta y dos años.

Palomo

Su esposo, cuarenta y uno años.

Juan Julián

El lector, treinta y ocho años.

Eliades

Jugador, dueño de una valla de gallos, cuarenta años.

Época y Lugar

1929. En una pequeña ciudad llamada Ybor City, en Tampa, Florida

Espacio Escénico

Un viejo almacén en donde se encuentra instalada la tabaquería de Santiago

Vestuario

Son trabajadores que siempre se encuentran bien vestidos. Usan mucho lino (hilo) blanco y beige sus ropas siempre están almidonadas y planchadas.

Nota del Autor

Después de 1931, los lectores de tabaquería fueron eliminados de las fábricas de tabacos norteamericanas, mientras que de los tabaqueros sólo quedó un pequeño grupo de operarios de maquinarias. Fue el fin de una tradición artesanal.

Primer Acto

Primera Escena

Sonido de tumulto en una pelea de gallos. Santiago y Cheché están apostando y bebiendo, pero sobrios. Visten las típicas guayaberas blancas de mangas largas y zapatos de dos tonos. Eliades recoge el dinero y supervisa las apuestas de toda la valla.

ELIADES: ¡Pelea de gallos! Se abre valla. Arriba caballeros, no se pierdan la belleza de estas criaturas peleando en el aire. ¡Se abre, se abre valla! Cinco, diez, veinte monedas¹ a Picarrubio. Picarrubio contra Espuela de Oro, Espuela de Oro contra Picarrubio.

SANTIAGO: Le voy veinte monedas a Picarrubio.

ELIADES: Veinte monedas a Picarrubio.

CHECHÉ: Y yo le voy dieciséis monedas a Espuela de oro.

ELIADES: Dieciséis monedas a Espuela de oro.

SANTIAGO: Pónmele dos monedas más a Picarrubio.

ELIADES: Dos monedas más a Picarrubio. ¿Dos más a Espuela de Oro?

CHECHÉ: No, está bien así.

ELIADES: ¡Se abre, se abre valla! Cinco, diez, veinte monedas, ¿a quién le van? Picarrubio contra Espuela de oro, Espuela de oro contra Picarrubio.

Sonido de un barco que se acerca a la bahía. Mariela, Conchita y Ofelia están paradas en el muelle. Tienen pañuelos blancos en la mano y esperan que el barco arribe al muelle.

MARIELA: ¿Será ese barco que viene de allá lejos?

CONCHITA: Me parece que sí.

OFELIA: Se supone que sea el único barco llega a esta hora.

MARIELA: Entonces tiene que ser ese. ¡Ay, estoy tan emocionada! Mamá, déjame ver la fotografía otra vez.

¹ En el argot de los galleros una moneda es equivalente a cinco pesos cubanos.

OFELIA: ¿Cuántas veces la vas a mirar?

MARIELA: Muchas veces. Tenemos que estar seguras de que lo vamos a reconocer cuando desembarque.

CONCHITA: A ti lo que te gusta es mirarle la cara.

MARIELA: Me parece un tipo elegante. ¡Y muy buen mozo! *(Ofelia toma un sobre de carta y saca la fotografía)*

OFELIA: Aquí la tienes. Pero lo esencial es que tenga un buen par de... cuerdas vocales, pulmones profundos y una voz potente.

CONCHITA: Pero lo más importante es que tenga una buena dicción cuando lee.

MARIELA: Mientras lea con sentimiento y buen gusto. ¡Ay, estoy feliz! *(Mira la fotografía)* Miren esta cara y la forma en que firma su nombre.

(Sonido de tumulto en la pelea de gallos)

ELIADES: ¡Tenemos un ganador! ¡Tenemos un ganador! ¡Espuela de oro es el ganador! ¡Espuela de oro!

CHECHÉ: Oye, un ganador aquí.

ELIADES: *(Contando el dinero)* Cinco, diez, quince, veinte, veinticinco, treinta, treinta y cinco, cuarenta y cuarenta más ochenta. Aquí tienes 16 monedas.

SANTIAGO: Eres un tipo con suerte.

ELIADES: ¡Arriba se abren las apuestas! Cinco, diez, quince monedas... Cuello de jaca contra Uña roja.

SANTIAGO: Dieciséis monedas a Cuello de jaca.

ELIADES: Dieciséis monedas a Cuello de jaca

CHECHÉ: Dieciséis monedas a Uña roja

ELIADES: *(A Cheché)* Dieciséis monedas a Uña roja. *(Al resto de los presentes)* Arriba se abre valla, ¿a quién le van? ¡Uña roja contra Cuello de jaca, Cuello de jaca contra Uña roja!

Sonido del barco atracando en la bahía.

OFELIA: No le vayan a contar a su padre, pero cogí dinero de la caja fuerte para pagar el viaje del lector.

CONCHITA: Hiciste muy bien, mamá.

OFELIA: Claro. No siento ni pizca de culpabilidad. ¿Él no gasta dinero en los gallos? Pues entonces yo voy a hacer lo que me da la gana con mi dinero. Por eso me lo estoy gastando en el mejor lector de tabaquería que pude conseguir. El señor que me lo recomendó dice que es el mejor lector de La Habana.

MARIELA: No, y yo me alegro porque el viejo Teodoro, el pobre, escupía mucho cuando leía. A veces me empapaba. Era como una regadera que le salía de la boca.

OFELIA: ¡Mariela, chica! El pobre hombre tenía ochenta años.

MARIELA: Pero, eso no quita la regadera.

OFELIA: Un poquito más de respeto, que sólo hace sólo tres meses que partió.

MARIELA: ¡Ay, mamá! Lo respeto, pero siempre con la verdad por delante.

OFELIA: ¡Pobre amigo! ¡Nos estuvo leyendo diez años!

MARIELA: *(Con rin tin tin)* ¡Ay, yo lo adoraba...! ¡Lo adoraba como a un tío, como a un abuelo! ¡Qué en paz descanse! Pero la verdad es que debía haberse retirado de la lectura hace mucho tiempo. Su pobre corazón no podía con las historias de amor. No podía con la poesía y la tragedia de las novelas. A veces se tenía que sentar después de leer un pasaje profundo y romántico.

CONCHITA: Eso era lo que me gustaba de él, que nos leía con el corazón.

MARIELA: Pero ya era demasiado. Se demoró tres meses en la última novela.

OFELIA: Sí, pero era *Cumbres borrascosas* y ninguno de nosotros quería que la terminara, incluyéndote a ti.

CONCHITA: Ojalá que este nuevo lector sea tan bueno como Teodoro, porque el que lo sustituyó no duró...

MARIELA: Miren, el barco se acerca. ¡Ay, que nerviosa estoy! Lo único que quiero es que desembarque y esté aquí con nosotras de una vez y por todas.

CONCHITA: *(Mirando a la distancia)* Seguro que trae muchos libros nuevos de la Argentina, de España, de Francia, porque todos los barcos del mundo tienen paradas en Cuba.

(Sonido de tumulto en la pelea de gallos)

ELIADES: ¡Tenemos un ganador! ¡Tenemos un ganador! Uña roja. ¡Uña roja es el ganador!

CHECHÉ: Un ganador aquí, compadre. *(Eliades le paga a Cheché y continúa anunciando la próxima pelea)*

ELIADES: Diez, veinte, treinta monedas... ¿A quién le juegan? Cola brava contra Halcón de acero. Cinco, diez, quince monedas, ¿quien juega? *(Continúa su pregón)*

SANTIAGO: Préstame un poco de dinero, Cheché.

CHECHÉ: ¿Cuánto?

SANTIAGO: Doscientos.

CHECHÉ: No presto esa cantidad de dinero cuando estoy jugando y menos si me estoy dando unos tragos.

SANTIAGO: ¿Me vas a hacer caminar hasta la casa para buscar dinero?

CHECHÉ: No tienes una buena noche, Santiago. Has perdido todo tu dinero.

SANTIAGO: Préstame un poco de dinero, Cheché, tú sabes que soy buena paga.

CHECHÉ: Estás borracho.

SANTIAGO: Préstame un poco de dinero y vas a ver la noche que tengo. ¡Dale, que tu tienes el dinero de la suerte y te voy a enseñar lo que puedo hacer con ese dinero afortunado

CHECHÉ: ¿Y cuándo me pagas?

SANTIAGO: El pago está garantizado.

CHECHÉ: ¿Me das tu palabra?

SANTIAGO: Te doy mi palabra. Dame un papel y te firmo un pagaré. ¿Tienes papel?

CHECHÉ: No, no tengo.

SANTIAGO: Levante el pie.

CHECHÉ: ¿Que levante el pie?

SANTIAGO: *(Agarrándole un pierna a Cheché)* ¡Que levantes el pie, coño!

CHECHÉ: ¿Qué carajo haces?

SANTIAGO: Permíteme la suela de tu zapato. *(Santiago saca una navaja)*

CHECHÉ: ¿Qué vas a hacer? *(Levantando el pie)*

SANTIAGO: Voy grabar mi deuda en la suela de tu zapato. *(Santiago graba con la navaja la suela del zapato de Cheché)*

CHECHÉ: ¿Para qué?

SANTIAGO: Como prueba. Será el pagaré. Ves: S de Santiago. ¿Cuánto me vas a prestar?

CHECHÉ: Veinte.

SANTIAGO: No seas tacaño. Voy a escribir cien.

CHECHÉ: ¿Cien?

SANTIAGO: Ahí tienes. Cien.

CHECHÉ: ¿Cien?

SANTIAGO: Sí, cien. Eso escribí.

CHECHÉ: ¿Estás...?

SANTIAGO: ¿Cuál es el problema? Te lo voy a pagar. ¡Soy tu hermano por amor de Dios!

Sonido barco acercándose al muelle.

OFELIA: Ahí está el barco. Muevan los pañuelos.

MARIELA: ¿Lo ven?

CONCHITA: Los hombres con los sombreros puestos son todos idénticos.

- OFELIA:** ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué me emociono tanto cada vez que veo un barco?
- MARIELA:** No te pongas brava conmigo, mamá, pero escribí el nombre del lector en un pedazo de papel de estraza y lo metí en un vaso de agua con azúcar prieta y canela.
- OFELIA:** ¡Niña! ¿Y para qué es eso?
- MARIELA:** Carmela la espiritista, me dijo que si endulzaba su nombre, lo tendríamos comiendo en la mano.
- OFELIA:** Pero niña, eso es como hacerle brujería al hombre.
- MARIELA:** ¡Ay, mamá, es sólo azúcar y canela! Y funciona.
- OFELIA:** Ya te lo dije una vez, no se puede jugar con eso. No está bien, Mariela. No se debe cambiar el destino de las personas.
- MARIELA:** ¡Ay, por Dios! Nadie le cambió el destino. En todo caso se lo endulcé.
- CONCHITA:** Así es como empiezan las brujas, jugando con fuego o con azúcar prieta. Mira lo que le pasó a Rosario, le hizo “un trabajo” al amante y el hombre se murió. Y no sólo perdió al hombre de su vida, sino que va a terminar en el infierno.
- OFELIA:** *(A Mariela)* ¿Oíste eso?
- CONCHITA:** Dicen que más nunca paró de llorar. Se volvió un mar de lágrimas y el padre tuvo que mandarla para Cuba, a ver si se mejoraba. Y terminó una noche, volada en fiebre, corriendo desnuda hacia el mar, gritando que iba a reunirse con el difunto.
- MARIELA:** Ahora sí que me están haciendo sentir muy mal.
- (Sonido de tumulto en la pelea de gallos)*
- ELIADES:** Quiquiriquí... ¡Listos para la próxima pelea! Tenemos a Diamante negro contra Cresta fuerte. ¿Quién le va cinco, diez, quince, veinte monedas? Diamante negro contra Cresta fuerte, Cresta fuerte contra Diamante negro se abren las apuestas.
- SANTIAGO:** Levanta la pata otra vez.
- CHECHÉ:** ¿Para qué?

SANTIAGO: Levanta la pata y déjame ver la suela de tu zapato.

CHECHÉ: ¿Para qué, Santiago? *(Santiago graba con la navaja nuevamente la suela del zapato de Cheché)*

SANTIAGO: Te estoy cogiendo prestado doscientos más.

CHECHÉ: De eso nada, no ves que esta noche tú estás salao.

SANTIAGO: A ti que más te da si te lo voy a pagar. Ya lo grabé en la suela de tu zapato.

CHECHÉ: Entonces táchalo.

SANTIAGO: No puedo tacharlo. Ahí tengo mis cuentas. Si no te pago te quedas con parte de la fábrica. *(Cheché se quita inmediatamente el zapato)*

CHECHÉ: Entonces escríbelo. ¡Escríbelo! Lo quiero por escrito.

SANTIAGO: Te lo escribo. *(Toma la navaja y comienza a grabar su promesa)* Aquí lo tienes. *(Cheché mira la suela de su zapato y le da más dinero a Santiago)*

CHECHÉ: Aquí tienes. Vamos.

SANTIAGO: ¡Bueno, hombre, pero ponte el zapato!

CHECHÉ: No, no me lo voy a poner.

SANTIAGO: ¿Y por qué no?

CHECHÉ: Porque aquí está nuestro contrato y no quiero que se borre.

SANTIAGO: ¿Y vas a caminar con un solo zapato puesto?

CHECHÉ: ¡Sí!

SANTIAGO: ¡Comemierda!

(Sonido del barco que se aproxima)

OFELIA: Ni rastro de él. A ver si lo echaste a perder todo.

MARIELA: ¡Ay, no digas eso! Estoy tan nerviosa que creo que me voy a hacer pipí.

CONCHITA: ¿No es ese hombre que saluda con el sombrero?

OFELIA: ¿Será él? No lo puedo ver bien desde aquí.

CONCHITA: No, tiene que ser más joven.

MARIELA: ¿Y él cómo nos va reconocer a nosotras?

OFELIA: Le dije que llevaría puesto un sombrero blanco.

MARIELA: ¡Dios mío! Hay más de cincuenta mujeres con sombreros blancos.

OFELIA: Sí, pero le dije que mi sombrero tendría una gardenia.

CONCHITA: ¿Será el hombre del traje azul?

MARIELA: No, que va, demasiado gordo.

OFELIA: Me haces el favor y cuando llegues a casa me sacas al pobre hombre del agua con azúcar prieta.

MARIELA: ¡Ay, Dios mío, me están haciendo sentir muy mal! No hay manera de encontrarlo. Me voy a casa. Me voy a casa. Lo eché todo a perder.
(Emprende la salida)

OFELIA: ¡Mariela!

MARIELA: ¡Lo arruiné todo!

OFELIA: ¡Niña, regresa inmediatamente! Un poquito de azúcar prieta no le puede hacer daño a nadie.

(Juan Julián, El lector, entra. Lleva un sombrero de Panamá y un traje de Dril Blanco)

MARIELA: No quiero aguarles la fiesta.

OFELIA: Mariela, no seas tonta, niña.

JUAN JULIAN: ¿La señora Ofelia?

OFELIA: *(Girando hacia él)* Sí...

JUAN JULIAN: La gardenia en su sombrero, ¿Estoy en lo cierto, señora Ofelia?

(Juan Julián se quita el sombrero)

OFELIA: *(Embobecida)* ¡Oh!

CONCHITA: ¡Mamá, di que sí!

OFELIA: ¡Ah, sí, soy Ofelia!

JUAN JULIAN: ¡Juan Julián Ríos a sus órdenes!

OFELIA: ¡Ah! Ofelia... Ofelia Alcalar. ¡Qué honor! *(Oímos a Mariela orinarse por su nerviosismo. Hay una pausa incómoda. Todos se dan cuenta. Disimulando)* ¡Oh! ¿Ya lo tiene todo Señor José Julián? ¿Su equipaje?

JUAN JULIAN: Tengo que decirle al oficial de cubierta que ya la encontré.

OFELIA: Vaya y búsquelo... lo esperamos aquí. *(Juan Julián sale corriendo. A Mariela)* ¿Qué te pasó, Mariela?

MARIELA: *(Embobecida)* No sé.

OFELIA: ¡Ay mi amor, te orinaste como una niña!

MARIELA: No pude aguantar, mamá.

Música. Cambio de luces.

Escena Dos

La tabaquería. Juan Julián sostiene unos cuantos libros amarrados con un cinturón. Cheché entra. Tiene puesto un solo zapato, el otro lo lleva en la mano.

CHECHÉ: ¿Está esperando a alguien?

JUAN JULIAN: A Ofelia.

CHECHÉ: No ha llegado todavía, ¿lo puedo ayudar?

JUAN JULIAN: Me dijo que viniera a verla a esta hora más o menos.

CHECHÉ: Llegará de un momento a otro. ¿Le puedo servir en algo?

JUAN JULIAN: No muchas gracias, la esperaré.

CHECHÉ: ¿Usted qué hace? ¿Es lector?

JUAN JULIAN: Así es. Acabo de llegar de la isla. Hoy es mi primer día...

CHECHÉ: Si está buscando trabajo, ahora no estamos contratando a nadie...

JUAN JULIAN: No, no busco trabajo, yo soy el nuevo lector de esta tabaquería. Doña Ofelia...

CHECHÉ: Ya lo entendí. Acaba de llegar y le estoy diciendo que no estamos contratando...

JUAN JULIAN: Bueno, me imagino que no están contratando, porque la señora Ofelia...

(Entran Ofelia y sus hijas)

CHECHÉ: Ofelia, el señor... este caballero vino a verte. Le acabo de decir que no estamos contratando a nadie.

OFELIA: *(Con convicción)* Chéster, él ya está contratado.

CHECHÉ: ¡Oh, ya veo, ya veo! *(Pausa)* Pues... bien. *(Cheché sale)*

OFELIA: Bienvenido, Juan Julián. Ya me enteré que conoció a algunos rezagadores y despalilladoras que trabajan en las filas de adelante. Estamos muy contentos de que esté con nosotros.

JUAN JULIAN: Ah, sí. Estuve hablando con el caballero que usa la Fedora y que se sienta allá, en el extremo de la derecha.

OFELIA: Es Pepino Mellini el mejor rezagador que tenemos. Italiano de Nápoles. Le encantan las historias de amor. Él es el que nos canta las canciones napolitanas al final de la jornada.

JUAN JULIAN: También conocí a Palomo, el caballero del sombrero de Panamá.

CONCHITA: Mi esposo. Tuerce como nosotras.

OFELIA: ¿Y conoció a Manola?

JUAN JULIAN: ¿La señora que tiene la foto de Valentino en la mesa?

OFELIA: Sí, es rellenadora. Está encantada de que usted trabaje con nosotros. Manola es de las que cuando le da por llorar no tiene para cuando acabar.

JUAN JULIAN: ¿Y el señor que tiene un pañuelo en el cuello?

OFELIA: Ese es Pascual Torino de España. Empacador. Un corazón nostálgico. Quiere regresar a su país y morir en Granada.

JUAN JULIAN: ¿Y el caballero que se acaba de retirar?

MARIELA: Chéster es un payaso. *(Conchita y Mariela se ríen)*

OFELIA: ¡Mariela! Le decimos Cheché. Es medio hermano de mi esposo. No lo conocíamos, pero un día se apareció en la tabaquería con un certificado de nacimiento y nos dijo que era hijo de mi suegro. Desde entonces lo adoptamos, como parte de la familia. Él no es cubano, nació en un pueblecito del norte. *(Se ríe)* Mi suegro viajó mucho.

JUAN JULIAN: Parece que mi presencia le desagrada.

MARIELA: ¡Oh, no puede ser! No le preste atención.

JUAN JULIAN: Esta mañana, cuando entré en la tabaquería me dio la espalda y...

MARIELA: Cheché se cree que es el dueño de la tabaquería. *(Se ríe)*

OFELIA: Mi esposo le ha dado demasiado poder. Pero en realidad el que dirige la tabaquería es mi esposo.

CONCHITA: No le haga mucho caso. Cheché tiene la virtud de convertir cualquier incidente sin importancia en una verdadera tragedia.

JUAN JULIAN: Pero no le hice nada.

MARIELA: No le gustan los lectores.

OFELIA: No entiende el propósito de tener alguien leyéndoles a los trabajadores.

JUAN JULIAN: Esa siempre ha sido la tradición.

CONCHITA: Él viene de otro mundo, otra cultura.

MARIELA: Cree que lo único que hacen los lectores es crear problemas.

JUAN JULIAN: ¿Por qué? ¿Porque leemos novelas, porque educamos e informamos a los trabajadores?

MARIELA: No, es mucho más sencillo. Su esposa se fugó con un lector de tabaquería.

OFELIA: ¡Mariela! ¡Él señor no tiene por qué enterarse de eso!

MARIELA: Pero es la verdad. Un día desapareció con el lector de esta tabaquería. Ella era una belleza sureña de Atlanta y él de Guanabacoa. La mujer era pálida como un lirio y el lector del color café con leche oscuro. Y claro, ahora Cheché está en contra todos los lectores y en contra de todas las historias de amor.

JUAN JULIAN: Pero pudiera muy bien culpar a...

MARIELA: Cheché cree que las historias de amor se le incrustaron en el cuerpo, que se le metieron debajo de la piel. Y qué fue por eso que lo dejó.

OFELIA: ¡Está bueno ya! ¡Es suficiente, Mariela! Cuando pasó todo eso el pobre hombre estaba desesperado, rabioso y muy triste. No podía aceptar la realidad, así que le echó la culpa de sus desgracias a los lectores y a las historias de amor.

CONCHITA: Si le falta el respeto, debe hablar con papá.

OFELIA: No se preocupe. Yo me encargo.

MARIELA: ¿Qué planea leernos?

JUAN JULIAN: Lo primero será Tolstoi, *Ana Karenina*.

MARIELA: *Ana Karenina*. Ese título me encanta. ¿No les parece romántico?

JUAN JULIAN: Sí, muy romántico.

MARIELA: Ah, *Ana Karenina*, irá directo al corazón de Cheché. Pobre hombre. No va a poder soportarlo.

JUAN JULIAN: Puedo escoger otro libro. Traje muchos.

CONCHITA: No, si es el libro que usted seleccionó es *Ana Karenina*, lea ese entonces.

MARIELA: Necesita oír otras historias de amor y dejar que las palabras aniden en su pelo, a lo mejor así puede conseguir otra mujer.

OFELIA: ¿Y qué le ha parecido Tampa, Juan Julián?

JUAN JULIAN: Bueno, yo... yo... es muy... me parece una ciudad en gestación.

OFELIA: Eso es. Estamos tratando de crear una ciudad que nos recuerde la que dejamos atrás en la isla.

JUAN JULIAN: Es curioso, aquí no hay montañas ni colinas. Mucho cielo, eso sí... y nubes... las nubes más grandes que he visto en mi vida, deben haber chupado toda el agua del mar. Es muy plano el terreno aquí. Por eso es que el cielo parece tan grande e infinito. Luce mucho más grande que el cielo de mi tierra. Y mucha tanta luz. Parece como si no hubiera un lugar

donde

escondarse.

MARIELA: Uno siempre puede encontrar una sombrita en el parque. Y un lugar donde ocultarse, y si no, siempre queda la posibilidad de escondarse detrás de la luz.

JUAN JULIAN: ¿De verdad? ¿Y cómo puede uno escondarse detrás de la luz? *(Mariela se ríe nerviosamente)*

MARIELA: Depende de quién se esté escondiendo.

JUAN JULIAN: Quizá de la luz misma.

MARIELA: Bueno, hay muchos tipos de luces. La luz del fuego. La luz de las estrellas. La luz que refleja el río. Luces que penetran a través de las fisuras. Y también el tipo de luz que refleja la piel. ¿Cuál de ellas?

JUAN JULIAN: Quizá esa luz que refleja la piel.

MARIELA: ¡Ah, esa es la más difícil de escapar! *(Mariela ríe. Cheché entra. Todavía sostiene el zapato en su mano)*

CHECHÉ: Ofelia, ¿por qué Santiago no ha venido a trabajar todavía?

OFELIA: Fue a casa de Camacho. ¿Hay algún problema?

CHECHÉ: No, sólo quería saber... ¿Vendrá mas tarde?

OFELIA: ¡Ay, no sé! ¿Qué te pasó en el pie?

CHECHÉ: Es una historia muy larga. Verás... Yo...

OFELIA: ¿Te caíste? ¿Te diste un golpe?

CHECHÉ: No. Yo... no es nada.

OFELIA: Mis pies sí están cada día peor. Cuando no es un juanete que me duele, es una uña enterrada.

CHECHÉ: No, Ofelia. No es nada de eso.

OFELIA: ¿Entonces por qué estás caminando sin...?

CHECHÉ: Bueno, verás... Mis zapatos de trabajo... Yo... Los llevé ayer al zapatero y todavía no están listos.

- OFELIA:** Eran zapatos nuevos y te estaban acabando con los pies.
- CHECHÉ:** No, verás... Lo que quiero decir... Anoche Santiago y yo... Nosotros... Verás... anoche estuvimos en la valla de gallos, viendo las peleas.
- OFELIA:** ¡Ah, eso lo explica todo! Perdiste todo, dinero y zapatos.
- CHECHÉ:** No, no perdí mi dinero. Tu marido perdió todo su dinero y parte del mío.
- OFELIA:** *(Ofelia se ríe)* ¿Me estás dando el zapato para que se lo tire y le parta la cabeza? *(Se ríe)*
- CHECHÉ:** No, Ofelia... Yo...
- OFELIA:** ¿Entonces que es lo que pasa con tu zapato? ¿Estás pidiendo limosnas? ¿En vez de pasar la alcancía o el sombrero estás pasando el zapato?
- CHECHÉ:** Bueno, de cierta manera te lo estoy pasando a ti.
- OFELIA:** Yo no tengo dinero, Cheché.
- CHECHÉ:** No te estoy pidiendo tu dinero. *(Juan Julián y las hermanas salen)*
- OFELIA:** Entonces, ¿por qué me estás apuntando con esa cosa?
- CHECHÉ:** ¿Ves esto? Aquí en la suela de mi zapato, Santiago escribió todo lo que me debe.
- OFELIA:** ¿Y cuánto es lo que te debe?
- CHECHÉ:** El total está puesto ahí. *(Ofelia mira el zapato)*
- OFELIA:** Pero eso es mucho dinero.
- CHECHÉ:** Eso es lo que me debe.
- OFELIA:** ¿Y tú de dónde sacaste tanto dinero para prestarle?
- CHECHÉ:** Estaba ganando.
- OFELIA:** Estaban tomando y se lo diste todo.
- CHECHÉ:** No. Yo... Bueno, Santiago quería seguir jugando. No quería caminar hasta la casa para buscar más dinero, así que le presté todo lo que tenía. Me dijo que me grabaría un pagaré con el total de la deuda en la suela de mis zapatos. Y yo confié en que me pagaría.

OFELIA: ¿Y tú que quieres que yo haga?

CHECHÉ: Bueno, esto es un recibo. Un documento.

OFELIA: ¡No estás hablando en serio!

CHECHÉ: No. Esto es un pagaré, un contrato. Y si él no me paga... Ves, aquí están sus iniciales... ¡Él firmó esto! Y me dijo que si no me pagaba me daría más acciones de la fábrica.

OFELIA: Quítame esa cosa de delante de mi vista.

CHECHÉ: Pero, Ofelia...

OFELIA: Que lo quites de delante de mi vista, te dije.

CHECHÉ: Pero, Ofelia...

OFELIA: No sé lo que pasó entre tú y tu hermano, pero yo no tengo nada que ver con eso. Y lo mejor que haces es ir al zapatero y mandarle a poner media suela a ese zapato.

Música. Cambio de luces.

Escena Tres

Juan Julián da grandes pasos alrededor de los tabaqueros leyendo Ana Karenina de León Tolstoi. Lee con pasión y fervor. Los tabaqueros tuercen, pero están completamente inmersos en la historia.

JUAN JULIAN: *(Leyendo)* “Al mirarlo, Ana Karenina, sentía la humillación de un modo físico y no encontraba fuerzas para decir nada más. Vronsky, contemplándola, experimentaba lo que puede experimentar un asesino al contemplar el cuerpo exánime de su víctima. El cuerpo inmolado por ellos era su amor, o al menos la primera de sus fases. Había algo de terrible y repugnante en recordar aquello cuyo precio era esa tremenda vergüenza. La vergüenza de su desnudez moral oprimía a Ana y contagiaba a Vronsky. Mas en todo caso, por mucho que sea el horror del asesino ante el cadáver de su víctima, lo que más urge es despedazarlo, ocultarlo y aprovecharse del beneficio que pueda reportar el crimen. De la misma manera que el asesino se lanza sobre la víctima, la arrastra, la destroza con ferocidad, dijérase casi con pasión, así también Vronsky cubría de besos el rostro y los hombros de Ana. Ella apretaba la mano de él entre las suyas y no se movía. Aquellos besos eran el pago de su vergüenza. Y aquella mano que siempre sería suya, era la mano de su cómplice...”

(Cierra el libro) Eso es todo por hoy de Ana Karenina. *(Los tabaqueros golpean con las chavetas en las mesas de trabajo)*

MARIELA: *(Todavía atrapada por la historia)* ¿Por qué siempre termina cuando llega a la mejor parte?

OFELIA: Para mantener el suspenso.

CONCHITA: Para que sigamos pidiendo más.

MARIELA: Es un excelente lector.

OFELIA: Por eso es que le dicen El canario persa, porque es como oír cantar un ave cuando lee.

MARIELA: ¿Y ustedes no huelen la colonia de su pañuelo cada vez que se seca la frente? La fragancia se envuelve en las palabras como humo.

CHECHÉ: *(A Palomo)* ¡Dios mío! Lo que me imaginaba, ahora suspiraran y hablarán por horas de amores de novela.

MARIELA: Te oí, Cheché.

CHECHÉ: Ah, pero esta es la parte que más me gusta, cuando empiezan a discutir cosas. Por alguna razón yo nunca oigo la historia de la misma manera que ustedes.

PALOMO: Ni yo tampoco. Debe ser porque somos hombres.

MARIELA: ¡Ay, no sean cínicos!

CONCHITA: No le hagas el menor caso.

PALOMO: No. A mí me gustaría saber, tú que tienes que decir.

CONCHITA: Mamá, hiciste muy bien en mandarlo a buscar.

OFELIA: Sólo los tontos no entienden la importancia del lector.

MARIELA: Bueno, Cheché no está muy contento que digamos.

OFELIA: Porque Cheché es tonto de capirote.

CHECHÉ: Yo no he dicho...

OFELIA: Pero escuché lo que le dijiste a Palomo esta mañana y tengo que decirte

que no vamos a despedir al lector.

CHECHÉ: Todo lo que yo dije...

OFELIA: Cuando estábamos en La Habana no recuerdo haber visto nunca una tabaquería sin lector. Desde que tengo uso de razón me acuerdo de sentarme atrás para oír al lector. Siempre ha sido nuestro orgullo. Puede que algunos de nuestros tabaqueros no sepan leer ni escribir, pero pueden recitar párrafos enteros de Don Quijote y Jane Eyre.

CHECHÉ: Todo lo que dije fue que tenía miedo de otra trágica historia de amor.

PALOMO: A mí me gustan las historias de amor.

MARIELA: A mí también.

CHECHÉ: Yo prefiero las historias de detectives.

MARIELA: Pero no son muy literarias que digamos, Chéster.

CONCHITA: Bueno, yo no sé ustedes, pero desde que comenzó a leer Ana Karenina, mi mente delira por Rusia.

MARIELA: Y la mía también. Tengo sueños llenos de nieve, y Ana Karenina bailando un vals con Vronsky. Entonces los veo en una pequeña habitación, y toda la nieve se derrite con el calor de los cuerpos y de la piel. Y yo lo único que quiero es pedirle prestado un abrigo de piel a mi amiga Cuqui Salazar e irme para Rusia.

OFELIA: La verdad es que seleccionó el libro perfecto. No hay nada como leer un libro de invierno en medio del verano. Es como tener un abanico o una caja de hielo a tu lado para **aliviar la pasión y las noches calurosas.**

CHECHÉ: *(A Palomo)* Ayúdame con las cajas. *(Los hombres salen)*

MARIELA: ¿Cómo decía el último parlamento de hoy? *De la misma manera que el asesino se lanza sobre la víctima, la arrastra, la destroza con ferocidad, dijérase casi con pasión...*

CONCHITA: *...así también Vronsky cubría de besos el rostro y los hombros de Ana Karenina.*

MARIELA: **¿Quiere decir que cuando estás enamorada es como si le robaran al cuerpo la vida?**

CONCHITA: No. **El amor es lo que le roba la vida al cuerpo.** El amor de Ana y su

amado.

OFELIA: Debe ser terrible vivir así.

MARIELA: ¿Por qué?

OFELIA: ¡Cómo pueden vivir esos tres! Ana, el esposo y su amante. Tiene que ser una pesadilla.

MARIELA: ¡Por supuesto que no!

(Conchita se refiere a la novela, pero también a su propia vida)

CONCHITA: Sí. Ana se decía a sí misma: Es como una maldición. Hablaba de eso al final, cuando decía que sus besos habían sido comprados. Se sentía miserable.

MARIELA: ¿Miserable? Extasiada quizá.

OFELIA: Tú no estás oyendo la novela, Mariela.

MARIELA: Por supuesto que estoy oyendo la novela.

CONCHITA: Entonces tendrías que saber que se debe sentir miserable. Es pura agonía para el esposo de Ana y para su amante también. Probablemente no podrían aguantar por más tiempo la situación si no fuera por algún tipo de esperanza.

MARIELA: ¿Entonces por qué se echa un amante?

OFELIA: Porque no tiene alternativa. Es algo de lo que no puede escapar. Por eso es que el escritor describe al amor como un ladrón. El ladrón es la fiebre misteriosa que los poetas han estudiado por años. Recuerdas [\[Recuerda\]](#) las últimas palabras de Ana Karenina.

CONCHITA: Ella nunca se acuerda de nada.

MARIELA: Claro que me acuerdo. Lo que pasa es que no agarro las palabras de la misma manera que ustedes. Yo no trato de entender todo lo que las palabras dicen. Dejo que ellas sean las que me atrapen. Cuando Juan Julián comienza a leer, la historia penetra en mi cuerpo y me convierto en piel de los personajes.

OFELIA: No seas tonta.

MARIELA: Siempre se puede soñar.

OFELIA: Ah, sí. Pero tenemos que conseguir una vara para medir nuestros sueños.

MARIELA: Entonces yo voy a necesitar una vara muy larga. Una vara con la que se pueda medir el cielo.

CONCHITA: ¡Qué boba eres, Mariela!

MARIELA: *(A Conchita)* No, todo en la vida sueña. Una bicicleta sueña con ser un niño, una sombrilla en convertirse en lluvia, una perla con ser mujer, y una silla en transformarse en gacela y correr de regreso al bosque.

OFELIA: Pero mi hijita, la gente como nosotros... Tenemos que recordarnos de vivir con los pies en la tierra y dentro de los zapatos. No podemos llenarnos de vanas ilusiones. *(Suena una campana. Palomo entra.)* Ah, se acabó lo que se daba. ¡Que bueno! Hoy hice más de doscientos tabacos.

MARIELA: Y yo casé más de mil. Eso es lo que me gusta de anillar los tabacos. Es como casarse con todos esos hombres sin haberlos visto en realidad.

OFELIA: Los hombres se casan con sus tabacos, mi querida, y el humo blanco se convierte en el velo de sus novias. Mi madre siempre decía: “Cuando un hombre se casa, desposa a dos mujeres, su novia y su tabaco. ¿Vienes Conchita?

CONCHITA: No. Palomo y yo vamos a trabajar horas extras.

OFELIA: Te veo a la hora de la cena. Adiós.

CONCHITA: Adiós.

OFELIA: Hasta luego, Palomo.

PALOMO: Adiós.

MARIELA: Adiós.

PALOMO: ¿Tu padre está metido en problemas otra vez y por eso...?

CONCHITA: Sí, tiene problemas.

PALOMO: ¿Cuánto perdió esta vez?

CONCHITA: Bastante.

PALOMO: Bastante, puede ser mucho dinero.

CONCHITA: Sí, mucho dinero. No sé que gusto le encuentran a perder tanto dinero.

PALOMO: Eso es algo que nunca sabremos. *(Comienza a torcer tabacos)*

CONCHITA: ¿Y qué te parece la novela que nos está leyendo Juan Julián?

PALOMO: Me gusta mucho.

CONCHITA: ¿No te hace sentir incómodo?

PALOMO: ¿Por qué tendría que incomodarme?

CONCHITA: ¿Por lo del amante?

PALOMO: Parece que en toda novela siempre hay una complicación amorosa.

CONCHITA: Y nunca te has puesto a pensar sobre todo lo que está pasando entre Ana Karenina y su esposo.

PALOMO: Sí, lo he pensado... pero...

CONCHITA: ¿Y qué es lo que te pasa por la mente cuando oyes la historia?

PALOMO: Pienso en todo el dinero que tiene esa gente.

CONCHITA: Tenías que decir algo así.

PALOMO: ¿Por qué? ¿Porque me gusta el dinero?

CONCHITA: Yo estoy hablando de literatura, de amor y tú hablas de dinero.

PALOMO: ¿Y qué quieres que te diga?

CONCHITA: Quiero que me hables de la historia, de los personajes, de los sentimientos...

PALOMO: ¿No te gustaría tener todo ese dinero que ellos tienen? Así no tendrías que pasarte el santo día torciendo tabacos y trabajando horas extras para ahorrar y poder poner nuestro propio negocio.

CONCHITA: A mí me gusta torcer tabacos.

PALOMO: ¿Y cuáles son las ventajas de torcer tabacos?

CONCHITA: Que mi mente queda libre de vagar por otros lares.

PALOMO: ¿Qué lares?

CONCHITA: Lugares y cosas que el dinero no puede comprar.

PALOMO: El dinero lo puede comprar todo.

CONCHITA: No puede comprar los lugares a los que voy con mi mente.

PALOMO: ¿Y qué lugares son esos?

CONCHITA: Lugares hechos de sueños.

PALOMO: *(Risas. Se vuelve juguetón)* Tú eres una criatura extraña, Conchita. No sé como me casé contigo.

CONCHITA: Te casaste conmigo porque el día que te conocí, te regalé un tabaco que había hecho especialmente para ti y cuando lo fumaste me dijiste que lo había deslizado en tu boca como un pescador de perlas.

PALOMO: ¿Te dije eso?

CONCHITA: Sí, eso me dijiste. Echaste un anillo de humo azul fuera de tu boca y las palabras se rezagaron en el aire como un zepelín. Entonces supe que podía enamorarme de esa boca.

PALOMO: Hasta donde yo me acuerdo, me casé contigo porque no pude quitarme las manos de tu padre de alrededor de mi cuello.

CONCHITA: Ah, salió la verdad. Eso lo explica todo Nunca te interesé.

PALOMO: ¿Estás tratando de empezar una bronca?

CONCHITA: No, te hice una simple pregunta acerca de una historia de amor y tú te haces el tonto.

PALOMO: No te compliques.

CONCHITA: ¿A ti no te importa nada, verdad? Juan Julián puede estar leyendo un libro de José Martí o de Shakespeare y a ti todo te entra por un oído y te sale por el otro.

PALOMO: Yo le pongo atención a lo que lee. Lo que pasa es que todo no me lo llevo al corazón como tú.

CONCHITA: Bueno, pues deberías. ¿Te acuerdas esa parte del libro en la que el esposo de Ana Karenina tiene sospechas del romance de ella con Vronsky? ¿Te

acuerdas cuando se pasea por la habitación como una fiera enjaulada?

PALOMO: Ya sé a dónde quieres llegar.

CONCHITA: Sólo quiero tener una conversación civilizada. De la misma manera que en la novela los personajes hablan unos con otros. He aprendido muchas cosas de esta novela.

PALOMO: ¿Cómo qué?

CONCHITA: Celos. Para el esposo de Ana los celos son la base casi animal de la pareja. Y tiene la razón. Él no quiere que Ana lo considere capaz de semejantes emociones de vileza y vergüenza.

PALOMO: Pero tú eres la que no puedes contra los celos. Es parte de tu naturaleza.

CONCHITA: Ya no.

PALOMO: Bueno, eso por lo menos es un cambio.

CONCHITA: Puedo ver muy claro al marido en la novela. Cómo sus pensamientos van tomando forma en su mente. Digo, no es igual... no, no... no es lo mismo, porque es un hombre educado, rodeado de cultura y riquezas, y yo sólo soy una tabaquera de una fábrica. Él ha sido criado bien y con sofisticación. Y yo apenas me puedo defender en la vida. Pero con este libro lo veo todo clarito delante de mis ojos. Lo que pasa en la novela es lo mismo que nos ha venido pasando a nosotros. No. No me mires así. Tú no lo querrás admitir, pero Ana y su marido me recuerdan nuestro matrimonio. La única diferencia es que yo me parezco al esposo.

PALOMO: ¿Entonces yo soy Ana Karenina?

CONCHITA: Tú eres el que tiene un amor secreto. No yo.

PALOMO: ¡Ay, por favor! Es muy tarde. Vámonos para la casa. No puedo trabajar así.

CONCHITA: Eso es lo mismo que dice Ana cuando el marido la confronta sobre el amante. *“Es tarde. Vamos a dormir”*.

PALOMO: Me parece que estás yendo demasiado lejos.

CONCHITA: ¿Yo? ¿Alguna vez has oído la voz de un sordo? Es una voz es cruda y antigua, porque no tiene sentido de dirección, de lugar, porque no se oye a sí mismo y porque no sabe si alguien en el mundo la va a oír. Algunas veces quise tener una larga conversación contigo, como ésta. Como un sordo. Como si no pudiera oírte u oírme a mí misma. Hablaría y hablaría, y diría todo lo que me viene a la mente, como un caracol que grita con la voz del mar y no le importa si nadie lo escucha. Así es como quisiera hablar contigo y preguntarte cosas.

PALOMO: ¿Y qué ganas hablándome así? ¿Qué tipo de cosas quieres preguntarme?

CONCHITA: Cosas que no te atreves a decirme porque tienes miedo que no las vaya a entender.

PALOMO: ¿Cómo qué?

CONCHITA: Quisiera saber quien es. Y qué hace para tenerte contento.

PALOMO: Vámonos para la casa.

CONCHITA: ¿Por qué?

PALOMO: *(Abruptamente)* ¡Porque no quiero hablar de estas cosas!

(Pausa)

CONCHITA: ¿Qué va a pasar con nosotros Palomo?

PALOMO: No sé, ¿te quieres divorciar? Podemos viajar a Reno y divorciarnos en seis semanas. Pero tu familia se va a oponer y la mía igual. Así que el divorcio está fuera del juego.

CONCHITA: ¿Y si te dijera que me gustaría cortarme el pelo, cambiar de forma de vestir y echarme un amante?

PALOMO: Repíteme eso.

CONCHITA: ¿Lo que acabo de decir?

PALOMO: ¿Quieres echarte un amante?

CONCHITA: Sí, igual que tú.

PALOMO: Ave María purísima.

CONCHITA: Tengo los mismos derechos.

PALOMO: Este libro será nuestro final.

CONCHITA: ¿No crees que nosotros ya hemos llegado al final?

PALOMO: No... Yo...

CONCHITA: Ya no te revuelcas conmigo como antes.

PALOMO: Bueno, nosotros... Tú y yo... Nosotros...

CONCHITA: Está bien, Palomo. Está bien. *(Le toca un brazo)* Hay algo que Ana Karenina dijo y yo me repito a mí misma: “*Si hay tantas mentes como cabezas, entonces hay tantos tipos de amor como corazones*”. Puedo tratar de amarte de otra manera. Puedo hacer eso. Y tú deberías hacer lo mismo.

Música. Cambio de luces.

Escena Cuatro

Un cuadrado de luz en el suelo que sugiere el interior de la casa familiar. Ofelia y Santiago no se hablan. Están sentados en extremos opuestos de la habitación. Mariela está parada al lado de su padre. El diálogo es rápido. Mariela se mueve de un lugar a otro facilitando la comunicación entre ellos.

SANTIAGO: Pídele a tu madre dinero para comprarme una caja de cigarros. Porque lo que es a mí no me habla.

MARIELA: Papá quiere dinero para comprarse una caja de cigarros...

OFELIA: Pregúntale que ¿cuándo regresa al trabajo?

MARIELA: Quiere saber ¿cuándo regresas al trabajo?

SANTIAGO: Dile que tan pronto como consiga el dinero con Camacho para poder pagarle a Cheché.

MARIELA: Dice que en cuanto Camacho le dé el dinero para pagarle a Cheché.

OFELIA: Dile que deje de fumar hasta entonces, que yo no le voy a dar mi dinero.

SANTIAGO: ¿Qué dijo?

MARIELA: Dijo que...

SANTIAGO: La oí. *(En voz alta para que lo escuche Ofelia)* Dile que está loca.

MARIELA: Dice que estás loca.

OFELIA: Dile que él es un borracho, un ladrón y un jugador que no sirve para nada.

MARIELA: Ella dice que...

SANTIAGO: La oí.

MARIELA: Dice que te oyó, mamá.

OFELIA: ¡Perfecto!

MARIELA: Dice que ¡perfecto!

SANTIAGO: ¡Eres un mujer enloquecida! ¡Loca!

OFELIA: Dile que eso no lo oí. Que ya le dije que no quería que me dirigiera la palabra.

SANTIAGO: ¡Sí me oyó!

OFELIA: Dile que no quiero oír sus barbaridades.

MARIELA: ¿Oíste eso papá? Dice que no quiere oír tus barbaridades.

SANTIAGO: Dile...

(Mariela comienza a caminar hacia su padre)

OFELIA: *(Furiosa)* Ven acá, Mariela... *(Mariela regresa hacia el lugar de su madre)*

SANTIAGO: ¡Mariela, para acá!

OFELIA: Mariela...

MARIELA: ¡Está bueno ya! ¡No puedo estar aquí y allá al mismo tiempo!

Silencio. Ofelia y Santiago mueven su cabeza como desistieran del asunto.

SANTIAGO y OFELIA: ¡Es una locura!

MARIELA: Bueno, los dos oyeron eso.

Mariela trata de decir algo pero ellos no le dan oportunidad.

SANTIAGO: Dile que me voy a la casa de empeño a vender mi anillo de compromiso.

OFELIA: Dile que lo debería haber hecho hace mucho tiempo.

SANTIAGO: Tiene razón. Debía haberlo hecho hace mucho tiempo.

OFELIA: Sí, antes de que el dedo le coja gangrena.

SANTIAGO: Tiene razón, se me está engangrenando el dedo.

OFELIA: Ves, yo tenía razón. Engangrenado como todo lo demás.

SANTIAGO: Ahí sí que se equivoca. No como todo lo demás.

OFELIA: Nada en su cuerpo funciona, sólo los dientes podridos para masticar dinero.

MARIELA: Me voy.

OFELIA: ¡Mariela!

SANTIAGO: ¡Mariela!

MARIELA: Se pueden pelear perfectamente sin mí.

Mariela sale de la habitación. Silencio. De pronto Ofelia y Santiago comienzan a hablar sin mirarse.

SANTIAGO: He estado oyendo desde aquí al lector.

OFELIA: ¿Lo oíste?

SANTIAGO: Es bueno. Tiene una voz sólida y me gusta la novela que está leyendo.

OFELIA: Sí, tiene una voz sólida y a mí también me gusta la novela.

SANTIAGO: Y especialmente me gusta el personaje que vive en el campo.

OFELIA: *(Encantada)* Sí.

SANTIAGO: Sí, ese.

OFELIA: El que es dueño de la finca.

SANTIAGO: Sí, el que es dueño de la finca. ¿Cómo se llama?

OFELIA: Se llama Levin.

SANTIAGO: Eso es, Levin.

OFELIA: El que vive en el campo rodeado de árboles.

SANTIAGO: El Levin ese me recuerda cuando yo era joven y mi padre me puso a dirigir la fábrica. Parece como si Levin le hubiera dedicado su vida entera a la finca.

OFELIA: Sí, él es un hombre dedicado.

SANTIAGO: Yo era como él.

OFELIA: Sí, tú eras como él.

SANTIAGO: Me gusta mucho esa parte del libro en que el hermano de Ana Karenina va a vender la tierra cercana a la propiedad de Levin y éste le aconseja que no lo haga.

OFELIA: Sí, ese es un pasaje bonito. Y yo no puedo creer que tú casi le hayas regalado la tabaquería a Cheché.

SANTIAGO: Tú tienes razón, perdí el juicio. No puedo tomar.

OFELIA: Esa es la verdad. No puedes tomar. Es una idiotez darle más acciones del negocio. Cheché no sabe lo que está haciendo. Es como un espantapájaros. Está hablando de traer máquinas y reemplazar a los trabajadores. Tienes que regresar a la tabaquería.

SANTIAGO: Tienes razón. Ya tengo que volver.

Ofelia lo mira.

OFELIA: Santiago, ¿qué te pasa? No has ido a trabajar. No comes, no duermes bien.

SANTIAGO: Me he portado como un tonto, Ofelia. Estoy avergonzado y amargado y tengo mucha rabia. ¡No puedo sacudirme esta maldita agonía!

OFELIA: ¿Quieres que te llame al médico?

SANTIAGO: No, no necesito ningún médico.

OFELIA: Pero no puedes seguir así. Tarde o temprano tendrás que regresar al trabajo y darles la cara a los trabajadores.

SANTIAGO: Iré en cuanto consiga el dinero y pueda enfrentarme a Cheché.

OFELIA: ¿Y te vas a quedar aquí mientras tanto?

SANTIAGO: Sí.

OFELIA: Eso es una estupidez.

SANTIAGO: Yo soy así.

OFELIA: Bueno, me voy a dormir. *(Ofelia va a iniciar mutis)*

SANTIAGO: Ofelia.

OFELIA: Sí.

SANTIAGO: Quédate un ratico más.

OFELIA: Estoy cansada. Tú no trabajaste como yo todo el día.

SANTIAGO: Háblame de la novela. No puedo oír bien siempre desde aquí. Este tipo, Levin... Ese personaje que yo admiro. ¿Él es el que tiene la historia de amor con la jovencita de la novela, no?

OFELIA: *(Con renovada energía)* ¡Ah, sí! Está enamorado de Kitty. Levin está enamorado de Kitty y Kitty está enamorada de Vronsky. Y Vronsky de Ana Karenina. Ana Karenina está casada, pero ama a Vronsky. ¡En esta novela todo el mundo está enamorado!

SANTIAGO: Pero para Levin... Para Levin sólo hay una mujer.

OFELIA: Sí, para él hay sólo una mujer.

SANTIAGO: *(Lleno de amor)* Ofelia.

OFELIA: Sí.

(Santiago traga un buche de amor)

SANTIAGO: No. Nada.

OFELIA: *(Abanicándose)* Ah, la brisa de la noche está refrescándonos otra vez. No hay nada como la brisa de Tampa, visitante puntual en esta época del año.

SANTIAGO: Sabes, Ofelia, cuando juego trato de repetir el mismo ritual... trato de repetir todas las cosas que hice el día que gané. Y cuando pierdo trato de hacer un inventario de lo que hice mal. Pienso, ¿me levanté de la cama con el pie izquierdo? ¿Me olvidé de limpiar mis zapatos? ¿Dejé la casa desordenada? ¿Dejé de ser amable con alguien y por eso la suerte no me acompañó? Últimamente he estado en medio de una neblina y no sé que hacer. Cada vez que pierdo, siento que me quitan algo. Algo mucho más importante que el dinero y veo una columna de hormigas pequeñas cargando migajas de pan en sus lomos. Pero las migajas que se llevan son mi orgullo, el respeto a mí mismo, mi dignidad. *(La vuelve a mirar)* ¿También te he perdido a ti, Ofelia?

OFELIA: Si me hubieras perdido, no estaría aquí. Si me hubieras perdido no estaría a tu lado. ¿Cómo puedes decir que me has perdido? *(Lo abraza)*

Música. Cambio de luces.

Escena Cinco

Juan Julián, Mariela y Conchita en la tabaquería.

JUAN JULIAN: En realidad no me gustan las ciudades, prefiero la libertad del campo. Cuando estoy en la ciudad me siento asfixiado. Siento mis pulmones constreñidos. El aire se siente grueso y denso, como si los edificios respiraran y se robaran el oxígeno. Mi padre solía decir, que vivir en la ciudad es como vivir en la boca del cocodrilo, rodeado de edificios por todos lados como si fueran dientes. Los dientes de la cultura, la boca y la lengua de la civilización. Es una comparación tonta, pero tiene sentido para mí. Cada vez que voy a un parque recuerdo como siempre regresamos a la naturaleza. Construimos calles y edificios. Trabajamos de cinco a seis días de la semana, construyendo y cementando nuestros pasadizos y derribando árboles, nidos y un paraíso completo de insectos. ¿Y todo eso para qué? Para regresar los domingos a los parques donde todavía podemos encontrar el verdor. El verdor de la naturaleza.

CONCHITA: Tiene razón. No sé que haría sin mis paseos en el parque. ¿Por qué escogió a Tolstoi para empezar?

JUAN JULIAN: Porque Tolstoi entiende la humanidad como ningún otro escritor.

CONCHITA: Es una buena razón para leerlo.

JUAN JULIAN: Alguien me contó que al final de su vida, cuando sabía que iba a morir, abandonó la casa y lo encontraron muerto en una estación de trenes. Quizá la misma que... A lo mejor no debería decirles esto.

CONCHITA: Probablemente estaba de camino para visitar a Dios.

JUAN JULIAN: Siempre he tenido esa sospecha.

MARIELA: Perdónenme, pero tengo que irme.

Sale. Hay una pausa incómoda entre Conchita y Juan Julián mientras ven salir a Mariela.

CONCHITA: ¿Cómo se convirtió en lector?

JUAN JULIAN: Un verano descubrí los libros. Mi padre debía mucho dinero de un crédito que le habían dado y tuvimos que encerrarnos en la casa y mantenernos escondidos mientras papá conseguía el dinero. Para mi familia mantener las apariencias era muy importante. Teníamos que aparentar que nos habíamos ido a un largo viaje. Le dijimos a los vecinos que mi madre estaba enferma y que tenía que recuperarse en otra parte. Estuvimos encerrados en la casa por más de dos meses, mientras mi padre trabajaba lejos. Recuerdo que había mucho calor y que teníamos que mantener clausuradas las ventanas. El calor era insoportable. La criada era la única que salía a comprar víveres. Y mientras nos manteníamos encerrados en la casa, mi madre le leía libros a la familia. Así fue como aprendí a escuchar y a apreciar las historias y el sonido de las palabras. *(Sonríe)* ¿Ha estado alguna vez en Nueva Inglaterra?

CONCHITA: No.

JUAN JULIAN: Siempre he querido ir a ese lugar. Me pregunto como serán las gentes de Nueva Inglaterra. Aquí he conocido trabajadores de otras partes del mundo, pero no he conocido a nadie del extremo norte.

CONCHITA: Cheché es de por allá.

JUAN JULIAN: Cheché pertenece a su propio mundo.

CONCHITA: Tuve un amigo que era de Nuevo Londres. Un hombre modesto y reservado. Era tan tímido este muchacho, que cuando dejaba escapar cualquier sentimiento, pedía excusas. *(Risas)* Un día le di un mechón de cabellos que me había cortado y le pedí que lo enterrara debajo de un árbol. Le expliqué que allá en la isla la mayoría de las mujeres se cortan el pelo el 2 de febrero, día en que se podan las plantas y los árboles, celebrando la fiesta de la Virgen de la Candelaria. Le dije que las mujeres ofrecían su cabello a la tierra y los árboles, por todo el verdor y los frutos por venir. Y le di mi mechoncito de pelo en una cajita y le dije que seleccionara un árbol en el parque. Y el muchacho me miró con una cara

muy extraña y me dijo que se sentiría abochornado de tener que cavar un hueco en el parque, enfrente de todo el mundo. Ahí mismo le dije que me devolviera mi mechón, cogí una pala y cave un hueco y le hice pasar una vergüenza. Desde ese día nunca me volvió a hablar. Él es la única persona de Nueva Inglaterra que he conocido.

Entra Palomo. Mira desde lejos.

JUAN JULIAN: *(Risas)* ¿Y todavía se corta el pelo los 2 de febrero?

CONCHITA: Sí, mi padre siempre me hace el honor de hacer el enterramiento.

JUAN JULIAN: ¡Su padre! Y ¿por qué no su esposo? Debería ser un honor para cualquier hombre... Si yo fuera su esposo buscaría un árbol viejo y sabio para enterrar su mechón de pelos en las raíces. Y estoy seguro de que aceptaría la ofrenda con la misma alegría con que reciben el agua de la lluvia.

CONCHITA: Me voy a cortar el pelo corto como Clara Bow, y ese será el fin del ritual.

JUAN JULIAN: Yo me ofrecería para buscar un árbol fuerte, pero el ritual sólo funciona si se hace el 2 de febrero.

CONCHITA: Pienso que todo lo que se hace con fe funciona.

JUAN JULIAN: ¿Me está pidiendo que comience la búsqueda de un árbol fuerte?

CONCHITA: Sí, si usted quiere.

JUAN JULIAN: ¿Y por qué yo?

CONCHITA: Porque usted se ofreció. Y porque usted es el lector de historias de amor, y cualquiera que dedique su vida a la lectura de libros cree en el rescate de cosas del olvido.

JUAN JULIAN: Entonces hay una historia en su pelo.

CONCHITA: Pero va llegar un día en que me lo corte y la historia llegará a su final.

JUAN JULIAN: ¿Y cómo uno lee la historia de su pelo?

CONCHITA: De la misma manera en que uno lee una cara o un libro.

JUAN JULIAN: Entonces debemos enterrar su pelo bajo un árbol. Deberíamos colocarlo dentro de un manuscrito. De la misma manera en que la mujeres victorianas solían guardar una flor o una guedeja de cabellos entre las

páginas de un libro.

CONCHITA: Entonces dejaré que usted seleccione el libro.

JUAN JULIAN: ¿Y por qué no este mismo?

CONCHITA: Mi pelo estará en buena compañía con Ana Karenina.

JUAN JULIAN: Entonces cierre los ojos y escoja una página.

Conchita cierra los ojos. Abre el libro y selecciona una página. Juan Julián lee.

JUAN JULIAN: *“Al principio, Ana se creía de buena fe molesta por la obstinación de Vronsky en perseguirla. Mas, a poco de volver de Moscú y después de haber asistido a una velada en la que, contando coincidir con él, no lo encontró, hubo de reconocer, por la tristeza que experimentaba, que se engañaba a sí misma y que las asiduidades de Vronsky no sólo no le desagradaban, sino que constituían todo el interés de su vida”*

CONCHITA: Tome, córteme el pelo.

Conchita le entrega unas tijeras. Zafa su melena y le da la espalda a Juan Julián. Él peina la frondosa cabellera con los dedos. Le besa un hombro. Ella se da la vuelta y le regresa el beso.

Fin del Primer Acto

Segundo Acto

Primera Escena

Oscuro. Música. Las luces comienzan a subir y mientras suben se escucha una grabación de la voz de EL Lector leyendo un pasaje de Ana Karenina.

JUAN JULIAN: *(Playback) Ana tenía la impresión de que en aquel momento no podía expresar con palabras sus sentimientos de vergüenza, de alegría y de horror ante la nueva vida que comenzaba. Y no quería, por tanto hablar de ello, no quería rebajar aquel sentimiento empleando palabras vagas. Pero, después, ya transcurridos dos o tres días, no sólo no halló palabras con qué expresar lo complejo de sus sentimientos, sino que ni siquiera encontraba pensamientos con que poder reflexionar sobre lo que pasaba en su alma.*

Juan Julián y Conchita están en la tabaquería haciendo el amor. Ella está tendida sobre una mesa, ligera de ropas, con la saya levantada. Él está entre sus piernas, sin camisa, empapado en sudor. Ambos han transgredido los límites de sus cuerpos y él la está besando gentilmente.

JUAN JULIAN: No quiero que nos veamos más aquí.

CONCHITA: ¿Y dónde entonces?

JUAN JULIAN: En mi cuarto, donde podamos...

CONCHITA: Imposible. *(Comienzan a vestirse)*

JUAN JULIAN: Entonces deberíamos vernos en un hotel.

CONCHITA: Los hoteles son fríos e impersonales como los hospitales.

JUAN JULIAN: ¿Cómo los hospitales?

CONCHITA: Sí, cada huésped va buscando un remedio. Lo mismo buscan un alivio temporal del mundo o un descanso temporal de la vida.

JUAN JULIAN: *(Tocándole la cara juguetonamente)* Entonces deberíamos vernos en un hospital, porque algunas veces presiento árboles tristes en tu mirada cuando hacemos el amor.

CONCHITA: Será que padezco de una terrible enfermedad.

JUAN JULIAN: Sí, y yo te recomiendo que compres un canario y lo oigas cantar todos los días cinco minutos... *(Comienza a besarle el cuello)*

CONCHITA: ¿Y si no encuentro el canario?

JUAN JULIAN: Entonces óyeme cuando canto en el baño. *(Se escuchan personas afuera)*

CONCHITA: Corre, vete... viene gente... corre

(Escuchamos a Cheché en una discusión. Juan Julián toma su camisa y sale apurado. Conchita se arregla el vestido y el pelo, entonces corre y se sienta en su mesa.)

CHECHÉ: Espérate... espérate... ¡No me dejas terminar! ¡No me dejas terminar! Ese es uno de los problemas que tenemos, yo soy propietario de acciones de esta fábrica y ahora que tu marido...

(Los tabaqueros entran y se reúnen alrededor de Cheché. A su lado hay una maquinaria grande envuelta en papel. Hay una acalorada discusión sobre la máquina. Escuchamos a los trabajadores protestando.)

OFELIA: Yo soy la dueña absoluta de esta tabaquería y tengo la última palabra...

CHECHÉ: Pero Ofelia...

OFELIA: ¡Por favor, que alguien suba y llame a Santiago!

CHECHÉ: Ofelia... Estoy tratando de decirte que todas esas otras compañías están triunfando...

PALOMO: Pero, Cheché, eso no tiene nada que ver con maquinarias...

OFELIA: No quiero seguir oyendo esto. Él no es el dueño de esta tabaquería. ¡Alguien podría llamar a mi marido!

Cheché se para encima de una silla y se dirige a los trabajadores.

CHECHÉ: ¡Déjenme hablar! Acérquense. Estoy tratando de demostrarles algo y ustedes no me dejan hablar...

MARIELA: ¡Deja hablar al hombre, mamá!

CHECHÉ: Ofelia... Ofelia... Todas esas otras tabaquerías nos llevan la delantera. Los puedo mencionar todos los nombres: Caprichos, Entreactos, Petit Bouquet, Regalía de Salón, Coquetas, Conchas Finas... ¡Todas esas!

- OFELIA:** Sí, pero ellos no hacen los tabacos con la misma calidad de los nuestros.
- CHECHÉ:** Eso es precisamente lo que estoy tratando de decirte. ¿A quién le importa como ellos hacen sus tabacos?
- OFELIA:** A nosotros nos importa.
- CHECHÉ:** Por eso no vamos a llegar a ninguna parte.
- OFELIA:** ¿Y quién tiene apuro por llegar a algún lugar? ¿A dónde tú vas, Conchita?
- CONCHITA:** ¿Yo? A ninguna parte.
- OFELIA:** ¿Y tú Palomo?
- PALOMO:** Me gustaría ir a Las Islas Canarias a ver a mi abuela... *(Todos se ríen)*
- OFELIA:** Si ese es el caso yo quiero ir a España...
- MARIELA:** Y yo me muero por ir a Rusia... *(Nuevas risas. Entra Juan Julián)*
- CHECHÉ:** Esto no es juego, compañeros. Hablo sobre el mundo moderno. La modernidad, el progreso, el desarrollo.
- OFELIA:** Si ser modernos es cambiar tabaqueros por máquinas, entonces nosotros no estamos interesados en ese modernismo. *(Aplauso de los trabajadores)*
- CONCHITA:** ¡Bravo!
- CHECHÉ:** ¿Quieres ver los registros de ventas? ¿Quieren ver los libros de contabilidad?
- OFELIA:** Yo no quiero ver registros ningunos. Sé cuánto vendemos y no me parece que nos vaya tan mal.
- CHECHÉ:** ¿Cómo que no nos va tan mal y hemos tenido que despedir dos empleados?
- MARIELA:** Un empleado, Cheché. El otro era tu mujer que se fue por su propia cuenta. *(Risas de los trabajadores)*
- CHECHÉ:** Les estoy tratando de decir que la maquinaria industrial...
- PALOMO:** La maquinaria nos está robando el trabajo.
- MARIELA:** Es verdad. *(El grupo de trabajadores se va poniendo ansioso)*

CHECHÉ: Ahora tengo más acciones de esta tabaquería. Estoy... *(Lo interrumpen)* Esperen un momento. De ahora en adelante voy a llamar las cosas por su nombre. *(Otra interrupción)* ¡Un momento! ¿Quieren oír los problemas que tenemos en esta fábrica? ¿Quieren oírlos? Estamos atrapados en el tiempo. ¿Y por qué estamos atrapados? Porque estamos operando de la misma manera que lo hacíamos hace veinte, treinta, cincuenta años atrás... *(Otra interrupción)* ¡Espérense un momento...! ¡Un momento! Repito, ¿y por qué estamos atrapados? Estamos atrapados porque no somos parte del nuevo siglo. Porque todavía hacemos los tabacos como los hacían los indios hace cientos de años atrás. Así que podemos adornarnos con plumas y caminar semi desnudos con la nariz atravesada por un hueso. Existen máquinas para rellenar, máquinas para despallillar, máquinas que trabajan a la velocidad de la luz, máquinas...

OFELIA: ¿Y con tantas máquinas quedará algún tipo de trabajo que podamos hacer?

CHECHÉ: ¡Están jugando conmigo! Los trabajadores son los que operan las maquinarias. Los trabajadores son los que controlan las máquinas.

PALOMO: Leonardo, allá en la Aurora dice que...

CHECHÉ: ¡Ah, pero Leonardo es el lector de la Aurora! ¿Qué sabe él de máquinas?

PALOMO: No, él no habla de las máquinas como lo haces tú. Pero siempre habla que debemos mantener nuestras tradiciones. Nuestros métodos. El viejo proceso que trajimos de la isla. *(Levanta sus manos)* Esto fue lo que trajimos para hacer tabacos, y no necesitamos ningún aparato o como quiera que se llame... *(Comentarios positivos del grupo)*

CHECHÉ: Leonardo habla como lector. Por eso no le da valor a las máquinas. Porque la realidad es que despiden a los lectores de las tabaquerías, porque no se les puede oír con el ruido de la nueva industria. Y esa es otra cosa de la que quiero hablar. Yo no sé cómo piensan ustedes, pero yo no estoy dispuesto a sacar dinero de mi bolsillo, de mi salario para escuchar a un lector leyendo novelitas románticas.

CONCHITA: Literatura, Cheché. *(Palomo mira a su esposa e inmediatamente mira a Juan Julián.)*

CHECHÉ: Eso, literatura, novelas románticas... para mí todo eso es lo mismo.

MARIELA: No. Pero no es lo mismo. Aprendemos cosas. Y las palabras que él lee son como brisa fresca que rompe la monotonía del trabajo.

CHECHÉ: Bueno, algunas de las fábricas que mencioné han quitado...

JUAN JULIAN: Señor Chéster, permítame comentar algo. Mi padre decía que la tradición de tener lectores en las tabaquerías venía desde los taínos. Acostumbraba a decir que las hojas de tabaco susurraban el lenguaje del cielo, y que por eso los indios se comunicaban con los dioses a través del humo de sus tabacos. Obviamente yo no soy un indio, pero como lector me siento pariente lejano de aquel cacique, del jefe de los indios, que traducía para la tribu las palabras sagradas de los dioses. Los tabaqueros son oidores. Escuchan calladamente de la misma manera que los taínos escuchaban al cacique. Esa es la tradición que ustedes están tratando de destruir con su industria. En lugar de estar promoviendo y popularizando las maquinas, ¿por qué no anuncia los tabacos? ¿O usted trabaja para la industria de las maquinarias?

OFELIA: Él tiene razón, necesitamos más propaganda, para poder vender más tabacos.

JUAN JULIAN: Aceptémoslo, Chéster, obreros y tabacos ya no son populares. Las estrellas de cine han dejado de fumar tabacos: Valentino, Douglas Fairbanks... Todos ellos fuman cigarrillos y no puros. A lo mejor podría ir a Hollywood y ofrecerles nuestros tabacos a los productores de cine.

CHECHÉ: No sea cínico.

JUAN JULIAN: No. Lo estoy previniendo. Esa manera tan rápida de vivir con máquinas y con carros afecta el consumo de los tabacos. ¿Quiere saber por qué, señor Chéster? Porque la gente prefiere una fumada rápida, como la de los cigarrillos. La verdad es que la maquinaria, los carros nos están alejando de los paseos y las caminatas, de sentarnos en el banco de un parque y fumarnos con calma un buen tabaco, a su ritmo, despacio, la única y verdadera forma de fumarse un tabaco. Ve usted, Chéster, usted quiere modernidad, y la modernidad en realidad está destruyendo nuestra industria, haciendo desaparecer el mismísimo acto de fumarse un habano.

Todos los trabajadores aplauden con excepción de Cheché y Palomo.

OFELIA: ¡Bravo!

JUAN JULIAN: Puedo salir para que voten.

Juan Julián se pone el sombrero y se dispone a salir.

OFELIA: No tiene que salir, Juan Julián. ¿Se da cuenta? No queremos que se vaya.

JUAN JULIAN: No, háganlo democráticamente, sin la presión de mi persona. Adelante, Chéster.

Entra Santiago.

SANTIAGO: ¿Qué pasa aquí?

OFELIA: ¡Ay, qué bueno! Me alegro mucho que hayas venido. Estamos llevando a cabo una votación democrática.

SANTIAGO: ¿Y sobre qué votan?

OFELIA: Maquinarias. Cheché compró una máquina para hacer tabacos.

SANTIAGO: ¿Y ustedes quieren esa máquina?

TRABAJADORES: *(Al unísono)* ¡No!

SANTIAGO: ¿Entonces por qué están votando?

OFELIA: Para hacerlo democráticamente.

SANTIAGO: ¿Y de qué tipo de democracia hablan, si ya todo el mundo dijo que no?

OFELIA: Cuéntale tú, Cheché. La gente está hasta el último pelo con todo esto. Ah, también quiere despedir al lector.

CHECHÉ: Un momento...

SANTIAGO: ¿Verdad, Cheché?

CHECHÉ: Les pregunté a los trabajadores si ellos estaban dispuestos a continuar pagando por el lector. Eso fue todo lo que hice.

JUAN JULIAN: Y yo estaba a punto de salir para que los trabajadores pudieran votar sin la presión de tenerlo que hacer delante de mí.

SANTIAGO: No tiene por qué salir a ninguna parte. Usted se queda aquí. Encantado de conocerlo. Yo soy Santiago.

JUAN JULIAN: Juan Julián Ríos, a sus órdenes.

SANTIAGO: *(Dirigiéndose a los trabajadores)* He sabido que muchas tabaquerías están despidiendo a sus lectores. Pero, ¿es eso lo que quieren los trabajadores? Levanten las manos los que quieren eso. *(Cheché y Palomo son los únicos que levantan las manos. Conchita está perpleja con la decisión de Palomo.)*

SANTIAGO: Dos votos. Esa es la respuesta. No vamos a despedir a nadie. Quiero

decirles algo. Tengo buenas noticias para todos. Vamos a sacar una nueva marca de tabacos que se llamará Ana Karenina.

OFELIA: ¡Bravo!

SANTIAGO: Y Mariela, si quiere hacernos el honor, posará como Ana Karenina para la etiqueta y el anillo.

MARIELA: ¿Yo?

SANTIAGO: Si quieres.

MARIELA: ¡Por supuesto que quiero!

SANTIAGO: Aquí te traigo algunas cosas para la foto.

Santiago le da una caja. Ella abre la caja que contiene un magnífico abrigo de crudo invierno terminado en piel y un elegante gorro también de piel.

MARIELA: Me las voy a probar. *(Sale)*

Santiago se dirige a los trabajadores.

SANTIAGO: Mañana comenzaremos un plan de producción. Tenemos mucho trabajo por delante. Pero les prometo que todos nos beneficiaremos del fruto de nuestro trabajo. Me alegro de estar de nuevo aquí con ustedes.

Los trabajadores aplauden. Salen. Cheché lleva a Santiago aparte. Santiago le entrega un sobre.

SANTIAGO: Esto es para ti, Cheché. Aquí tienes tu dinero.

CHECHÉ: Santiago, ¿de qué nueva marca de tabaco estás hablando? No tenemos el dinero para...

SANTIAGO: ¿Y de qué se trata este aparato que has traído a nuestra fábrica?

CHECHÉ: Las ventas han bajado. Tú no has estado aquí. El precio del tabaco que viene de Cuba está por las nubes.

SANTIAGO: ¿Y entonces te parece que debemos gastar nuestro dinero en maquinaria industrial?

CHECHÉ: Nos podemos beneficiar de...

SANTIAGO: No hay discusión posible. Devuelve el aparato a sus fabricantes y tráeme

un almanaque.

CHECHÉ: Pero Santiago...

SANTIAGO: Conseguí un préstamo, Cheché. Esta vez estoy apostando mi dinero a la fábrica. Tráeme el almanaque te dije. *(Cheché corre a buscarle un almanaque y se lo da a Santiago)* ¿Qué día es hoy?

CHECHÉ: Veintiuno.

SANTIAGO: No puede ser el veintiuno, ya lo tachaste.

CHECHÉ: Siempre lo hago.

SANTIAGO: ¡Tachaste el día de hoy!

CHECHÉ: Sí, ya lo sé.

SANTIAGO: Tú tienes un problema, Cheché.

CHECHÉ: ¿Y qué tipo de problema crees que puedo tener?

SANTIAGO: Tachaste el día antes de comenzar a vivirlo.

CHECHÉ: ¿Y cuál es el problema? Si de todas maneras en este lugar nada cambia.

SANTIAGO: Tú ves, esa no es una buena actitud.

CHECHÉ: Entonces, ¿qué quieres que haga?

SANTIAGO: Lo primero que tienes que hacer es votar esta porquería. ¿Por qué no te consigues un almanaque como el que yo uso? Uno al que se le van arrancando los días.

CHECHÉ: ¿Y tú crees que una hojita de almanaque puede hacer la diferencia en la vida de una persona?

SANTIAGO: Por supuesto. Algo tan simple como tachar los días antes de vivirlos puede tener consecuencias mentales. Puede causar aprehensión, ansiedad y desesperación.

CHECHÉ: Entonces voy camino a la locura. ¡Porque aquí nada cambia! Hoy es lo mismo que ayer y lo mismo que antes de ayer.

SANTIAGO: ¿Cuál es tu problema, Cheché?

CHECHÉ: Mi problema es esta tabaquería. No puedo soportarla. Trabajar aquí es como darme cabezazos contra la pared... Trato de hacer cambios, modernizar este lugar. Pero cada vez que trato de hacer algo, es como enfrentarme a un muro.

SANTIAGO: ¿Eso es lo que verdaderamente te pasa?

CHECHÉ: También está lo de Mildred, claro. Desde que me dejó no soy el mismo. Algo se rompió dentro de mí. ¿Has visto alguna vez el rabo recién cortado de una lagartija? Se retuerce, se mueve de un lado a otro como una lombriz sacada de la tierra. El solito se mueve, como un nervio que todavía tiene vida y busca al resto del cuerpo que le cortaron. Así es como me siento a veces. Por las noches me revuelco de un lado a otro de la cama. Por las mañanas me levanto buscándola en la cocina, pensando que está haciendo café. La busco en el jardín. Entonces, cuando llego aquí, ahí está ese imbécil leyendo la misma historia todos los días, obligándome a recordarla. ¡Odio esa novela! ¡Y lo odio a él! Es como si el problema no tuviera fin y lo único que quiero es...

Mariela entra vistiendo el vestido y el sombrero. Da una vuelta, sintiendo la suave textura de la que está hecho el abrigo, disfrutando su tibieza.

MARIELA: ¿Cómo luzco, papá?

SANTIAGO: Serás una gran Ana Karenina. Tienes que ponerte una flor en tu pelo y hacer que ella luzca como una de nuestras mujeres. Te buscaré una flor, mi amor. Hablamos luego, Chéster. Tenemos que hablar. *(Santiago sale. Cheché gira hacia Mariela y contempla su belleza. Ella mira la ropa y comienza a dar vueltas como si estuvieran bailando un vals.)*

MARIELA: ¿Crees que me parezco a Ana Karenina, Chéster?

CHECHÉ: Estás preciosa.

Entra Juan Julián.

JUAN JULIAN: ¿Y quién es esta dama rusa?

MARIELA: ¿Paso la prueba?

JUAN JULIAN: Estás maravillosa. Tu padre acertó seleccionándote. Será una gran etiqueta. Busco mi libro, pensé que lo había dejado aquí.

MARIELA: No lo he visto.

JUAN JULIAN: *(Mirando alrededor)* No, no está aquí. Debo haberlo dejado afuera.

(Sale)

MARIELA: *(Hablando consigo misma)* Ojalá me retrataras con tus ojos. *(Mariela se quita el abrigo y el sombrero. Saca una caja y comienza a pegar fotos de revistas y periódicos en su mesa)*

CHECHÉ: ¿Y hoy te quedas hasta tarde?

MARIELA: Sí.

CHECHÉ: Tengo revisar los libros de contabilidad, ¿y tú?

MARIELA: Yo estoy decorando mi mesa con fotografías de estrellas de cine, preciosas! Y esta de una calle de Moscú, me imagino a los personajes de la novela caminando por esta calle.

CHECHÉ: Estás obsesionada con esa novela.

MARIELA: Sí.

CHECHÉ: ¿Con el libro o con el lector?

MARIELA: ¿Y a ti qué te importa?

CHECHÉ: Yo sé lo que digo. Te veo trabajar.

MARIELA: ¿Y tú por qué me vigilas?

CHECHÉ: Tienes que poner más atención al trabajo y menos al lector.

MARIELA: Estás buscando una excusa para despedir al lector. Le vas a decir a mi padre que distrae a los trabajadores.

CHECHÉ: Por supuesto que los distrae. Por lo menos a ti te está distraendo. Muchos de los tabacos que hiciste hoy están defectuosos. Y te van a pagar lo mismo que a los demás trabajadores.

MARIELA: Te molestan el lector y Ana Karenina.

CHECHÉ: No ha nacido el lector, ni se ha escrito la novela que me pueda molestar.

MARIELA: Sí, seguro. Cada vez que lee una página te acuerdas de tu mujer.

CHECHÉ: Mi mujer está muerta y enterrada.

MARIELA: Muerta en el fondo de tus ojos, por eso la vez en cada lugar que fijas tu

mirada.

CHECHÉ: ¿Quieres ver todos los tabacos que echaste a perder?

MARIELA: Sí, enséñamelos. Yo vivo orgullosa de mi trabajo. Soy una de las torcedoras más rápidas de este lugar. *(Cheché saca una bolsa de tabacos)*

CHECHÉ: Pero rápido no siempre quiere decir bueno, Mariela.

MARIELA: No veo qué tiene de malo.

CHECHÉ: Aquí tienes. Toca. Aquí en este punto está hueco, sin rellenar.

MARIELA: Muchas gracias, Chéster. ¿Alguna otra cosita que me quieras enseñar o decir o puedo ya puedo empezar a pegar mis fotografías?

CHECHÉ: Bueno, ya que lo preguntas, sí. Una cosita más...

MARIELA: ¿Qué será, Chéster?

CHECHÉ: Algunas veces estás tan distraída con esa novela rusa que veo como coges el camino más corto.

MARIELA: ¿De qué camino hablas?

CHECHÉ: Te llevas el tabaco a la boca y muerdes la punta en vez de cortarla con la chaveta.

MARIELA: ¿Y tú me viste?

CHECHÉ: Sí, te he visto haciéndolo muchas veces y otras cositas más.

MARIELA: ¿De verdad?

CHECHÉ: Sí, he visto lo que haces, cuando tu mente abandona la tabaquería y se va de paseo a tu lejana Rusia. Unas veces te olvidas de la goma de pegar y ensalivas la capa del tabaco, como si estuvieras sellando una carta de amor o jugando con el bigote de un amante ruso. Esa es la verdad, Marielita, tu mente juguetea con algún hombre y no te das cuenta que tienes el tabaco en la boca, chupándolo en vez de pegarlo como se debe.

MARIELA: ¡Ay, Chéster...!

CHECHÉ: También se te olvida que estamos trabajando en una fábrica pequeña que se calienta mucho en verano y que las hojas del tabaco hay que humedecerlas, porque con tanto calor se secan. No te olvides de la

necesidad de humedad, esa humedad de tu lengua cuando lame.

MARIELA: No me mires de esa manera, Chéster.

CHECHÉ: *(Tocándole el pelo)* ¿Y cómo quieres que te mire?

MARIELA: No me toques. *(Ella se aleja y él la sigue)*

CHECHÉ: ¿Por qué no?

MARIELA: Porque no me da la gana.

CHECHÉ: Pero a mí, sí. Cada vez que oigo esa novela, veo a mi mujer... *(Se acerca más a ella)*

MARIELA: ¡Aléjate de mí! *(Chéster trata de besarla, ella lucha por escaparse)*

CHECHÉ: Mariela, por favor, acércate... tú no sabes...

MARIELA: ¡Aléjate, aléjate de mí! *(Ella lo empuja y él cae en el suelo)* ¡Nunca más te atrevas a ponerme un dedo encima!

Mariela sale. Cheché está todavía en el piso. Música. Cambian las luces.

Escena Dos

Cenital sobre Juan Julián sentado en una silla. Comienza a leer un pasaje de Ana Karenina. Juan Julián permanece aislado de la acción escénica.

JUAN JULIAN: *“Alexey Alexandrovich no encontró nada de extraño ni de inconveniente en que su mujer estuviese sentada con Vronsky en una mesita apartada y mantuviera con él una animada conversación. Pero observó que a los otros invitados sí les había parecido extraño tal hecho y hasta incorrecto. En consecuencia, Alexey Alexandrovich resolvió hablarle de ello a su mujer.”*

Conchita entra. Va hasta su mesa y se sienta a trabajar. Palomo entra. Parece un animal perdido. Juan Julián continúa leyendo en silencio.

PALOMO: ¿A qué hora vas a ver a tu amante?

CONCHITA: A la hora convenida.

PALOMO: ¿Y qué hora es esa?

CONCHITA: Las horas cambian como la luna.

PALOMO: Y además de aquí, ¿en qué otro lugar te encuentras con él?

CONCHITA: No te lo puedo decir.

PALOMO: ¿Por qué no?

CONCHITA: Porque así tienen que ser estas cosas.

PALOMO: ¿Y cuándo estás con él te lee algo?

CONCHITA: Cuando me ve triste.

PALOMO: ¿Y te pones triste?

CONCHITA: No es tristeza. A veces me asusto.

PALOMO: ¿De qué te asustas?

CONCHITA: De cosas que nunca antes había sentido, ni hecho.

PALOMO: ¿Y no es eso lo que tú querías?

CONCHITA: Sí, pero algunas veces me siento culpable y no lo puedo soportar.

PALOMO: ¿Y él qué dice cuando le hablas esas cosas?

CONCHITA: Me dices que tenemos que hacer el amor otra vez. Que me tengo que acostumbrar a hacerlo. Que me tengo que acostumbrar a él, a su cuerpo.

PALOMO: ¿Y qué más te dice?

CONCHITA: Me dice cosas que a una mujer le gusta oír.

PALOMO: ¿Cómo qué?

CONCHITA: Que tengo el sabor dulce y misterioso del agua que se esconde dentro de las frutas y que nuestro amor será blanco y puro como las flores del tabaco. Y que crecerá de noche, como crecen también de noche las plantas del tabaco.

PALOMO: ¿Y qué más te dice?

CONCHITA: Cosas privadas. Cosas que no se hablan.

PALOMO: ¿Cómo cuáles?

CONCHITA: Cochinadas.

PALOMO: ¿Y te gusta que te las diga?

CONCHITA: Él sabe cuándo y cómo decirlas.

PALOMO: ¿Y cuándo te dice esas cochinadas?

CONCHITA: Cuando estamos uno dentro del otro, muy adentro, a punto de rendirnos a la muerte. Cuando su cuerpo se clava dentro del mío, violentamente, tan fuerte como si fuera a matarme o a revivirme del ahogo que se produce ese lugar profundo adonde sólo él sabe llevarme.

PALOMO: Ya veo.

CONCHITA: ¿Por qué tienes tanta curiosidad, Palomo?

PALOMO: Porque... no sé... porque... te ves diferente. Porque has cambiado.

CONCHITA: Eso pasa cuando los amantes hacen lo que se supone que deben hacer.

PALOMO: ¿Y nunca le has hablado de mí?

CONCHITA: Sí. Me preguntó por qué tú habías dejado de amarme.

PALOMO: ¿Y tú que le dijiste?

CONCHITA: Le dije que pasó un día cualquiera, sin que nos diéramos cuenta, como pasan todas las cosas en la vida.

PALOMO: ¿Y qué te respondió?

CONCHITA: Quería saber qué era lo que sentía por ti. Le dije la verdad. Que todavía te deseo y te quiero como el primer día.

PALOMO: ¿Y aceptó eso?

CONCHITA: Me dijo que le enseñara de qué forma yo te amo. Qué se lo enseñara con el cuerpo.

PALOMO: ¿Y tú qué hiciste?

CONCHITA: Fue terrible.

PALOMO: ¿Qué fue terrible?

CONCHITA: Pensé que sería imposible. Que nadie podría ocupar mí espacio dentro de mí. Pero él lo hizo. Lo logró. Y todo era tan fácil de reconocer, como si él me conociera desde siempre. Su cuarto se convirtió en un teatro y su cama en el escenario, y nosotros éramos actores de una obra. Entonces le pedí que interpretara mi papel, que fuera yo y lo vestí con mis ropas. Y él fue dócil. Era como si estuviera haciéndome el amor a mí misma, porque él sabía qué hacer, a dónde ir y a dónde llevarme.

PALOMO: Enséñame.

CONCHITA: Que te enseñe, ¿qué?

PALOMO: ¿Qué te hizo y cómo te lo hizo?

CONCHITA: Tendrías que hacer como hacen los actores.

PALOMO: ¿Cómo es?

CONCHITA: Los actores se entregan. Dejan de actuar como ellos mismos y se dan. Tendrás que dejar salir a Palomo y permitir que entre dentro de ti, la vida de otro ser humano, que en este caso sería yo.

PALOMO: Entonces, enséñame.

CONCHITA: ¿Aquí, en la fábrica?

PALOMO: Sí, allá atrás, donde lo haces con él.

Se escucha una música suave. Conchita recorre con su mano el cuello y los hombros de Palomo. Él la conduce fuera de la habitación. Las luces cambian. Juan Julián cierra el libro. Cesa la música suave.

Escena Tres

Suena un danzón. Es el lanzamiento de la nueva marca de tabacos. Hay una gran fiesta. Comienzan a entrar los trabajadores vestidos con sus mejores galas. Entran Ofelia y Santiago con botellas de ron y vasos.

OFELIA: ¿Habrá suficiente ron, Santiago?

SANTIAGO: ¿Suficiente ron? Cuéntale todo el ron que tenemos, Juan Julián.

JUAN JULIAN: Hay suficiente ron como para emborrachar a un elefante.

OFELIA: Entonces dame un traguito para calmarme los nervios antes que llegue la

gente.

SANTIAGO: ¿Y tú por qué estás nerviosa?

OFELIA: ¡Ay, hijo, mi corazón es una foca y cuando me embullo con algo quiere saltar a nadar fuera del pecho!

Santiago le da un trago.

SANTIAGO: Vamos a tomarnos un trago. Un brindis privado antes de que llegue la gente. (*Santiago sirve los tragos*) En verdad no nos ha ido tan mal este año. Las ventas bajaron un poco el mes pasado, pero todavía estamos a flote.

OFELIA: Nos va ir bien, Santiago. La gente necesita echar humo y desahogarse.

SANTIAGO: (*Brindando*) Tienes razón. ¡Salud!

OFELIA: ¡Salud!

JUAN JULIAN: ¡Salud!

OFELIA: Vamos a buscar los farolitos chinos.

Los tres salen. Cheché y Palomo, ambos elegantemente vestidos, entran con palmas para decorar la fábrica. Tienen en una conversación.

PALOMO: Algunas veces pienso... Me pregunto si todavía estarán juntos, si se ven. Es que siento. O a lo mejor soy yo, mi mente. Por las noches no puedo dormir. Me tiro ahí, pensando, imaginándomelos a los dos juntos. Todavía puedo olerlos, a él y a ella, a sus ropas, a su pañuelo. Puedo ver el reflejo de él en la cara de ella y en el fondo de sus ojos. Y no sé qué hacer...

CHECHÉ: Múdate para arriba, para el norte a Trenton y comienza una nueva vida. Llévatela lejos de aquí. Eso es lo que yo quise hacer con Mildred. Pensé que podríamos vivir en el norte y trabajar en una fábrica de tabacos. En Trenton hay muchas. Y allí sí que no hay lectores ni historias de amor que no sirven para nada, historias que meten ideas extrañas en la cabeza de las mujeres y hormigas dentro de sus bloomers...

Juan Julián entra con una guirnalda de faroles chinos.

JUAN JULIAN: ¿Me pueden dar una mano con estos faroles?

PALOMO: Eh, precisamente estábamos hablando de historias de amor.

JUAN JULIAN: Pero se nota que a ustedes no les interesan muchos. Casi me hicieron perder el trabajo el otro día.

PALOMO: Tengo mucha curiosidad en saber como termina la historia de los rusos.

CHECHÉ: ¡Sí! ¿Ven acá, chico y el marido no piensa nunca en matar al amante?
(Risas) Ya yo habría matado al hijoeputa ese hace mucho tiempo.

JUAN JULIAN: Probablemente lo que haga sea retarlo a un duelo, en vez de matarlo a sangre fría.

CHECHÉ: Yo ya le hubiera metido una bala al hijoeputa ese entre ceja y ceja.

JUAN JULIAN: Pero así no era como se hacían las cosas en ese tiempo.

CHECHÉ: Entonces el tipo es cobarde y mala gente.

PALOMO: Yo no creo que el marido sea un cobarde. Él es mucho más inteligente que nosotros tres juntos. ¿Tú qué piensas, Juan Julián?

JUAN JULIAN: El marido actúa de acuerdo con su status. Es un hombre poderoso, tiene una de las posiciones más importantes en el ministerio. Y estamos hablando de la sociedad de San Petersburgo, donde todo el mundo se conoce y él no quiere convertir el romance de Ana en un gran escándalo.

CHECHÉ: Para mí el tipo es maricón.

PALOMO: Y, ¿con qué personaje de la novela tú te identificas?

JUAN JULIAN: A mí me gustan todos los personajes. De todos se aprende.

PALOMO: ¿Y qué has aprendido del amante de Ana?

JUAN JULIAN: Oh, no sé...

PALOMO: Tengo una curiosidad, ¿cómo fue que él empezó a interesarse en Ana?

Juan Julián sabe a dónde Palomo quiere llegar con todo esto.

JUAN JULIAN: Para mí eso está muy claro.

PALOMO: ¿Pero tú qué opinas?

JUAN JULIAN: Ana se acerca a Vronsky porque piensa que él la puede ayudar.

PALOMO: ¿Ayudarla? ¿Cómo?

JUAN JULIAN: Ayudarla a amar nuevamente, ayudarla a reconocerse como mujer otra vez. Es muy probable que el único hombre en la vida de Ana haya sido Karenin. Pero con Vronsky ella aprende una nueva manera de amar. Y es esta nueva forma de amarse la que le hace volver una y otra vez a los brazos del amante. Claro, esa es sólo mi interpretación.

Santiago y Ofelia entran.

SANTIAGO: ¡Qué bien! Aquí están todos. Y celebraremos todo el día. Vamos a tomarnos otro trago.

OFELIA: Viejo, acuérdate que tienes que decir un discurso.

SANTIAGO: (*Levantando la botella*) Esto me inspira.

OFELIA: Si seguimos a este ritmo todos vamos a terminar borrachos antes de que empiece la fiesta.

SANTIAGO: (*Risas*) ¡A disfrutar! Hoy me siento el hombre más feliz de la tierra.

Entra Conchita con un vestido de chifón con diseños abstractos.

CONCHITA: ¿Están bebiendo sin mí?

SANTIAGO: Claro que no. Ven y tómate un trago con nosotros. ¿Dónde está tu hermana? Luces preciosa con ese vestido, mi niña. Nunca te lo había visto.

CONCHITA: Papá, hace un mes que me lo estrené. Estábamos invitados a una fiesta. Me acuerdo como si fuera hoy. (*Mira a su madre*) Mamá odia los dibujos de esta tela.

OFELIA: No, mi amor, no.

CONCHITA: La última vez que me lo puse me dijiste que parecía una vieja.

OFELIA: Francamente, no sé lo que estaba pensando cuando te lo estrenaste. Pero ahora que te cortaste el pelo y luces tan diferente, es verdad que te queda muy bien.

PALOMO: Luces preciosa, mi amor.

OFELIA: Me encantan los dibujos de esa tela.

CONCHITA: A mí me recuerdan a los de los gitanos y los de los bohemios.

PALOMO: En realidad luces muy bohemia.

JUAN JULIAN: Es verdad. Los diseños abstractos parecen un paisaje de ensueño, como si vinieran de un mundo vaporoso. *(Palomo mira a Juan Julián. Juan Julián levanta su vaso. Palomo atrae a Conchita hacia sí y le pasa el brazo por alrededor.)* Señores, una pregunta. Como un extraño, un extranjero en este país, tengo algo que preguntarles. ¿Cómo es posible que los americanos hayan prohibido una cosa tan divina como el whiskey y el ron?

SANTIAGO: Porque lo americanos cuando beben no son socialistas. *(Risas del grupo)*

PALOMO: Yo tengo otra respuesta para tu pregunta. El alcohol está prohibido en este país porque es como la literatura. La literatura saca a la superficie lo mejor y lo peor de nosotros. Si estás bravo, te saca la rabia. Si estás deprimido te saca la tristeza. Y algunos de nosotros estamos... Vamos a decir, no muy felices.

Ofelia que no se está quieta un momento, golpea con los dedos su vaso para hacer un discurso.

OFELIA: *(Haciendo un paso de baile)* Ah, pero lo bueno que tiene el ron es que saca los mejores pasillos de baile. Claro, si eres un buen bailar. Pero, si tienes los dos pies zurdos, mejor que ni lo intentes. Eso sí, vamos a decir la verdad, señores, los americanos son buenos haciendo películas, radios y carros, pero cuando se trata de bailar es mejor que... con la excepción de la gente de color, claro. Esos sí que tienen lo necesario para bailar en medio de un ciclón. Por eso el alcohol está prohibido, porque la mayoría de los americanos no saben bailar. *(Agarrándole una mano a Santiago)* Vamos, que de pronto me han entrado unas ganas de bailar.

SANTIAGO: No. Todavía no podemos bailar, porque tengo que anunciar ¿Dónde está Mariela?

OFELIA: Debe estarse poniendo el disfraz.

SANTIAGO: ¡Bien!... Señoras y señores, hoy le hemos robado tiempo al trabajo para tomar, bailar, y celebrar el lanzamiento al mercado de una nueva marca de tabaco. *(Saca un tabaco del bolsillo de su camisa)* Este tabaco perfectamente torcido está envuelto en finísimas hojas de Vuelta Abajo en Pinar del Río, la punta misma de nuestra la isla de Cuba. El largo de estos tabacos es seis y dos –ocho pulgadas. El calibre del anillo es cincuenta y dos. Creo realmente que es el más fino de nuestros toros. ¿Dónde está Mariela? Ya debería estar aquí. *(Mariela entra vestida en un elegante traje negro. Parece Ana Karenina la noche del baile)*

MARIELA: Aquí, papá.

SANTIAGO: Déjame verte, mi cielo.

OFELIA: Mi niña, ¡Qué bella estás!

SANTIAGO: Llegas en el momento exacto... Iba a decir que a la mayoría de los tabacos se les da nombre de mujer y de historias de amor. ¡Hoy estamos bautizando nuestro nuevo tabaco con el nombre de Ana Karenina! Esta nueva marca de tabaco se venderá por un real y tenemos la esperanza nos traiga suerte y prosperidad. Así que ahora que estamos todos reunidos aquí, quiero pedirle a mi adorada Ofelia que nos haga el honor de prender oficialmente el primer, Ana Karenina. *(Aplausos. Le pasa el tabaco a Ofelia. Santiago se lo enciende con un fósforo. Ofelia toma una bocanada y deja escapar una rosca de humo) ¿Bueno?*

OFELIA: Es... es... ¡Aaaah!! Quema como un sueño azul. *(Aplauden)*

PALOMO: ¡Bravo! ¡Bravo!

Ofelia le da el tabaco a Santiago y este se lo pasa a Mariela.

SANTIAGO: Y ahora para la más joven de la familia, nuestra Ana Karenina. *(Mariela toma una bocanada, tose un poco. Se ríe. Le pasa el tabaco a otro. Esta persona se lo presenta a Santiago.)*

MARIELA: ¡Mhmm! ¡Delicioso! *(Santiago toma una bocanada)*

SANTIAGO: ¡Ah! ¡Una gloria! Perfecto. *(Aplausos) Chéster. (Santiago le pasa el tabaco a alguien que se lo presenta a Cheché. Este aspira una bocanada)*

CHECHÉ: Quema muy bien. Un aroma exquisito. Se le siente un toquecito de cereza. Creo que es el más fino de nuestros caballos. *(Aplausos. Le pasa el tabaco a Palomo y este se lo presenta a Conchita. Ella le da una cachada)*

CONCHITA: ¡Ah! Habla de bosques y orquídeas. *(Aplausos. Conchita le pasa el tabaco a Mariela y ésta se lo presenta a Palomo. Palomo toma una bocanada)*

PALOMO: ¡Mhmmm! ¡Magnífico! Como el ron añejo. Dulce como los mangos. *(Palomo se lo pasa a Santiago)*

SANTIAGO: Se te olvidó Juan Julián.

PALOMO: Ah, sí, no podemos olvidar a nuestro lector que nos trajo el mundo de Ana Karenina.

Santiago le devuelve el tabaco a Palomo. Palomo se quita el sombrero y le pasa el tabaco a Juan Julián. Esto es considerado una ofensa porque el tabaco nunca debe ser entregado directamente a la persona que lo va a fumar por la que acaba de hacerlo. Tiene que haber un mediador para facilitar la comunicación con los dioses. Juan Julián sonríe, huele el tabaco, mira hacia arriba y le hace un gesto a los dioses.

JUAN JULIAN: Tiene un aroma dulce. *(Tomando una bocanada)* Parece como una puesta de sol sabe un poco a cacao y cedro. ¡Creo que tenemos todo un señor tabaco, amigos!

SANTIAGO: Eso es, damas y caballeros. ¡Un señor tabaco! ¡Un campeón!

OFELIA: *(Inquieta)* ¡Claro que tenemos un campeón!

MARIELA: Papá, vámonos para la calle a contarle al mundo la historia de nuestro tabaco. Vamos a regalarle nuestro campeón a la gente.

SANTIAGO: ¡Y después nos declaramos en bancarrota! No, propongo que hagamos uno disparos.

OFELIA: ¿Disparos? Santiago, tú estás borracho. No bebas más.

SANTIAGO: Ningún bautizo está completo sin una botella rota o un disparo.

MARIELA: ¡Yo propongo dos disparos!

SANTIAGO: No se pueden hacer dos disparos. Tienen que ser tres.

MARIELA: Entonces, yo tiro el tercero. *(Risas)*

SANTIAGO: ¡Arriba, vamos a tirar!

OFELIA: Asegúrense de apuntar pa' rriba, bien alto, pero cuidado con matar a la luna. *(Todos se ríen. Los trabajadores salen de fiesta. Conchita va a salir, Palomo la agarra por un brazo)*

PALOMO: ¿A dónde vas?

CONCHITA: Afuera.

PALOMO: No has dejado de mirarlo toda la noche. Te estás enamorando de ese hombre.

CONCHITA: Puede ser, me estoy enamorando de él tanto como tú.

PALOMO: A mí no me gustan los hombres. *(Suenan disparos de celebración. Risas)*

CONCHITA: ¿Y por qué siempre quieres que cuente lo hago en él?

PALOMO: Es el hábito de oír. Nosotros somos oyentes.

CONCHITA: No, hay algo más.

PALOMO: Tienes razón, hay algo más. Y a veces resulta terrible.

CONCHITA: Esto no tiene sentido. *(Otro disparo. Más risas)*

PALOMO: *(Agarrándola por el brazo)* Ve y dile que quieres hacerle el amor como una navaja.

CONCHITA: ¿Por qué como una navaja?

PALOMO: Porque hay que matarlo todo. *(Otro disparo. Más risas. Ofelia, Santiago, Mariela y Juan Julián regresan.)*

OFELIA: Señores, debo hacerles una confesión. Cuando tenía diecisiete años, ayer como quien dice. Fui seleccionada como modelo para una nueva marca de tabacos llamada Aída, como la ópera. Y sólo de pensar que mi cara estaría en tantos anillos de tabacos y en las manos y los labios de tantos hombres, mi madre se escandalizó. Nosotros no éramos tabaqueros, nosotros estábamos en el negocio del dulce de guayaba. Así que cuando mi madre me prohibió posar para los tabacos, le dije que quería ver mi cara en una lata de mermelada de guayaba. Era lo justo. Así que me vestí de rojo con claveles rojos detrás de la oreja y me sentaron en una hamaca con una cotorra al lado... *(Todos se ríen)*

SANTIAGO: Vamos mi amor, ya fumamos, ya disparamos las pistolas y ya tú bebiste demasiado.

OFELIA: Te aprovechas de mí porque estoy ebria.

MARIELA: *(Abochornada)* ¡Mamá! *(Santiago se ríe. Coge a Ofelia por la mano. Comienzan el mutis.)*

SANTIAGO: Buenas noches.

MARIELA: ¡Buenas noches!

OFELIA: Mariela, ¿vienes con nosotros?

MARIELA: En un minuto.

OFELIA: No te demores. *(Salen)*

PALOMO: *(Agarrado de la mano de Conchita)* Vamos para la casa. *(A los otros)* Nos vemos mañana.

JUAN JULIAN: ¡Adiós!

CONCHITA: ¡Adiós! *(Salen Conchita y Palomo dejando solos a Mariela y Juan Julián)*

MARIELA: ¡Ay, no quisiera que esta noche terminara nunca! Podría estar despierta toda la noche. ¡Ay, no quiero dormir! Dormimos demasiado. Pasamos más de un tercio de nuestra vida durmiendo, ¡durmiendo! La noche desciende sobre la tierra y todo es un misterio para nosotros. No sabemos si los árboles caminan, como dicen en algunas leyendas. Realmente no sabemos si las estatuas y los espíritus danzan en lugares desconocidos para nosotros. ¿Y cómo lo sabremos si estamos dormidos? Dormimos y dormimos...

JUAN JULIAN: ¡Ay, quiero probar de lo que tú tomaste. ¿Qué tomaste?

MARIELA: Ah no, yo no tomé nada. Sólo estoy dejando brotar la alegría que siento. Papá estaba tan contento. Me encanta verlo así. Y mamá estaba disfrutando al máximo. *(Risas)* Ella sí bebió un poquito más de la cuenta.

JUAN JULIAN: Es bueno tomar un poquito de vez en cuando.

Cheché regresa y se mantiene a distancia vigilando.

MARIELA: Sí, nos merecemos un traguito. Trabajamos fuerte. Así que nos merecemos todo lo que la vida nos ofrece y la vida está hecha de pequeños momentos. Tan pequeños como pétalos de violeta. Tan pequeñitos que pudiera guardarlos para siempre en un pomo. Como este momento en que estoy hablando contigo.

JUAN JULIAN: *(Juguetón)* ¡Ah, entonces eres una coleccionista! Y además de noches como esta, ¿qué otras cosas te gusta coleccionar?

MARIELA: Momentos como el primer día que leíste y aquella tarde en que me acompañaste a la farmacia.

JUAN JULIAN: Entonces, ¿me tienes guardado en uno de tus pomos de colección?

MARIELA: En muchos.

JUAN JULIAN: *(Sonríe)* En muchos. *(Un instante. La mira tiernamente)* Eres clara y fresca como el agua. ¿Nadie te lo ha dicho nunca?

MARIELA: Nunca.

JUAN JULIAN: La gente debe estar ciega.

MARIELA: ¿Ciega? ¿Te parece? ¿Y cómo se le enseña a un ciego a ver?

JUAN JULIAN: No puedo decirte. Yo no estoy ciego.

MARIELA: Pero todos somos ciegos a los ojos de aquellos que no pueden ver.

JUAN JULIAN: Tienes razón.

MARIELA: Debemos aprender a usar nuestros ojos en la oscuridad. Y aprender a ver a través de las palabras, de los sonidos, de las manos. *(Se toca sus manos)*

JUAN JULIAN: Estoy seguro que los ciegos podrán ver tu belleza cuando toquen tu cara. *(Le toca la cara tiernamente)* Ahora debo retirarme. Que duermas bien.

MARIELA: Adiós.

JUAN JULIAN: Adiós.

Justo en el preciso momento en que Juan Julián va a salir.

MARIELA: Juan Julián...

JUAN JULIAN: Sí.

MARIELA: Préstame el libro.

JUAN JULIAN: *(Sin darse cuenta que lo tiene en las manos)* ¿Qué libro?

MARIELA: El que tienes en la mano.

JUAN JULIAN: ¡Ah!

MARIELA: Te prometo que no me adelanto.

JUAN JULIAN: No te olvides de traerlo mañana o no tendré qué leer.

MARIELA: Sueña con los angelitos.

JUAN JULIAN: *(Besándola en la cara)* Y tú también.

Según sale Juan Julián, Mariela se queda mirándolo en la distancia. Se lleva el libro al

pecho, entonces lo abre y lo lee, como si encontrara consuelo, ese tipo de consuelo que uno busca en las horas solitarias de la noche.

MARIELA: *Al fin mi vida recobraré su ritmo habitual, pensó Ana Karenina. Presa aún de la agitación que la dominaba desde la mañana, empezó a ocuparse en ponerse cómoda. Sus manos, pequeñas y hábiles, extrajeron del saco rojo de viaje un almohadón, que puso sobre sus rodillas; se envolvió bien los pies, y se instaló con comodidad.*

Cheché emerge de las sombras. Saca un pañuelo de su bolsillo y se seca la frente. Se queda mirando a Mariela. Su mirada está llena de deseos. Mariela lo mira y cierra el libro. Cheché la agarra por un brazo. Apagón.

Escena Cuatro

Palomo entra a la tabaquería cargando un par de cajas pesadas. Conchita está limpiando el reguero de la noche anterior.

PALOMO: ¿Dónde está Cheché?

CONCHITA: No ha llegado todavía.

PALOMO: Espero que llegue alguien que tenga llave de la caja fuerte. El muchacho que trajo las cajas está allá afuera y quiere que le paguen.

CONCHITA: Me llego a la casa y le pido las llaves a mamá.

PALOMO: No, tienes que ayudarme a inventariar todo esto. *(Le pasa unos papeles)*

CONCHITA: En cuanto termine aquí. No sé por qué papá no ha llegado todavía.

PALOMO: Probablemente no se ha levantado todavía. Tomó mucho...

CONCHITA: Tienes razón. Mamá estará poniéndole compresas frías en la frente. Siempre pasa lo mismo.

Santiago y Ofelia entran. Santiago está tratando de quitarse la resaca frotándose la frente.

OFELIA: ¡Buenos días!

CONCHITA: ¡Buenos días!

PALOMO: Santiago, necesito la llave de la caja fuerte. Tengo que pagarle al muchacho que trajo esto.

SANTIAGO: Ofelia las tiene.

OFELIA: Las acabo de dejar en el buró de la oficina, arribita de todo.

Palomo sale. Ofelia se sienta y comienza a torcer tabacos.

SANTIAGO: ¿Dónde está Cheché?

CONCHITA: No ha llegado todavía.

SANTIAGO: No lo culpo. Yo me hubiera quedado en la cama. Pero tu madre es como los gallos. Y cuando se levanta de la cama nadie...

OFELIA: Yo no te desperté.

SANTIAGO: Yo no dije que me despertaras. Fueron esas chancletas que usas para estar en la casa. Suenan más que un tren. *(Hace el sonido)* Chu, chuuiu, chu, chuuiu, por todas partes. Cualquier día de estos las voy a tirar por una ventana.

OFELIA: Y si tú las tiras yo le regalo tus zapatos del domingo al señor que limpia la chimenea.

SANTIAGO: Ves, ¡ahora me duele más! Está mujer tiene la culpa por mortificarme.

CONCHITA: ¿Quieres oler mi botella de alcohol, papá?

SANTIAGO: Dame cualquier cosa que tengas, mi hija. Tu madre no me cuida.

(Conchita le da la botella de alcohol. Santiago la huele. Mariela entra vistiendo todavía el abrigo largo de Ana Karenina. Va hasta su mesa y comienza a torcer tabaco.

MARIELA: ¡Buenos días!

CONCHITA: Mariela, ¿y ese abrigo? ¿No te estás muriendo de calor?

MARIELA: No. Algunos abrigos mantienen dentro el invierno. Te los pones y descubres que tienen los bolsillos llenos de diciembre, enero y febrero. Todos esos meses en que la tierra se cubre de nieve y todo se queda quieto. Así es como quiero estar, quieta y cubierta de capas.

OFELIA: Niña, ¿te sientes bien?

MARIELA: Estoy bien, mamá. No te preocupes por mí.

Juan Julián entra.

JUAN JULIAN: ¡Buenos días!

TODOS: ¡Buenos días!

MARIELA: Aquí está su libro. *(Le alcanza el libro)*

Juan Julián nota el abrigo de Mariela y que ésta parece estar en estado de consternación.

JUAN JULIAN: Gracias.

Palomo regresa.

PALOMO: ¿Cheché no ha llegado todavía?

CONCHITA: No. Está retrasado. Siéntate. Juan Julián va a empezar a leer.

JUAN JULIAN: Hoy comenzaré leyendo el capítulo 13 de la tercera parte de Ana Karenina. *“En su juventud los duelos le preocupaban mucho al esposo de Ana Karenina, precisamente porque era de físico débil y lo sabía. Alexey Alexandrovich no podía pensar sin horror en una pistola apuntándole al pecho, y nunca en la vida había usado arma alguna.”* (Cheché entra si ser visto. Tiene la cabeza pesada con pensamientos oscuros.) *“Tal horror lo obligó a pensar en el duelo desde muy temprano y a calcular cómo había de comportarse al ponerse enfrente de un peligro mortal. Supongamos que lo desafió. Supongamos que me dicen lo que tengo que hacer, continuaba pensando. (Cheché saca una pistola) Me colocan en mi puesto y aprieto el gatillo –se decía cerrando los ojos- Supongamos que lo mato. Alexey Alexandrovich sacudió la cabeza para apartar tan necios pensamientos. Pero, ¿qué relación hay en que yo mate a un hombre con lo que he de hacer con mi mujer...*

(Cheché le dispara a Juan Julián. Después le vuelve a disparar. El sonido del arma produce un eco que se repite una y otra vez mientras Juan Julián cae al piso. Los trabajadores están perplejos. Algunos miran hacia arriba para ver de dónde venían los tiros. Todavía se escuchan en la habitación el eco de los tiros cuando Mariela se levanta para tocar el cuerpo del lector agonizante. Las luces bajan hasta el apagón.

Escena Cinco

Han pasado tres días. Los trabajadores en la fábrica tuercen tabacos y organizan las hojas por su tamaño y forma. Mariela todavía lleva puesto el abrigo.

OFELIA: ¡Qué silencio! No sabía que el silencio pudiera pesar tanto. ¿Alguien podría decir algo? ¿Alguien podría leer? ¡Somos oyentes! No me puedo acostumbrar a este silencio. Es como si nos hubiera caído encima una cortina de hierro.

PALOMO: El mismo silencio que sentimos cuando murió el otro lector.

OFELIA: No, este silencio es más alto. Mucho más alto. Mucho más alto.

SANTIAGO: Porque Juan Julián murió antes de que le llegara su hora, y las sombras de la juventud son más espesas y flotan sobre la tierra como una nube.

MARIELA: Debo escribir su nombre en un papel de estraza y ponerlo en un vaso con agua con azúcar prieta, para que su espíritu sepa que siempre será bienvenido en esta tabaquería, que puede venir y tomar agua con azúcar cuando quiera. ¡Y que nadie se atreva a decirme que no debo hacerlo! ¡Me oíste, mamá! *(Por primera vez caen lágrimas de sus ojos)*

SANTIAGO: Tú madre no ha dicho nada, hijita.

MARIELA: Ya sé que no ha dicho nada. Pero tenemos que preocuparnos por los muertos para que se sientan también, parte de este mundo. Para que no nos olviden y podamos contar con ellos cuando los encontremos.

CONCHITA: Papá, debemos continuar leyendo.

MARIELA: Sí, debemos continuar leyendo en su recuerdo, para que no vaya a creer que dejó su trabajo a medias. Él tiene que saber que todavía somos sus fieles oyentes.

CONCHITA: Si pudiera, leería. Pero sé que si abro ese libro seré débil y no podré continuar.

MARIELA: No debemos llorar. Las lágrimas son para los débiles, para los que sufren la navaja, y para el asesino y el chorrillo de sangre que brotó desde esta tabaquería hasta la casa donde él nació.

OFELIA: ¿Alguien podría leer?

Pausa

PALOMO: Yo.

OFELIA: Sí, lee, a ver si podemos borrar este silencio, este calor. A ver si podemos descansar de vez en cuando y ver y sentirnos contentos de estar vivos.

SANTIAGO: Pero lee otra cosa. Algo más alegre.

MARIELA: Papá, las historia deben llegar su final. Deja que termine la novela.

CONCHITA: Tiene razón. Hay que terminar las historias o ellas también sufrirán el mismo destino de los que murieron antes de tiempo.

Palomo abre el libro. Mira a Conchita.

PALOMO: Ana Karenina, Tercera parte, capítulo 14.

Al acercarse a San Petersburgo, no sólo Karenin había adoptado su decisión de una manera definitiva, sino que hasta redactó mentalmente la carta que iba a escribir a su mujer.

Levanta la vista del libro y mira directamente a Conchita.

En nuestra última entrevista le indiqué mi intención de comunicarle lo que he decidido respecto a lo que hablamos.

Las luces comienzan a bajar.

Fin de la obra